Joyita Patrick Modiano

Thérèse es una joven solitaria e infeliz, huérfana, que jamás conoció a su padre. Su madre, una artista fracasada, quiso convertirla en una Shirley Temple y le puso el apelativo de Joyita para una película en la que la incluyó como si fuera su osito de peluche. Luego, la abandonó siendo muy pequeña en manos de unas personas de su confianza y, según le explicaron éstas a Thérèse, murió en Marruecos.

El relato arranca quince años más tarde, un día cualquiera de finales de los cincuenta, a la hora punta, en la estación de Châtelet del metro de París. Thérèse se fija en una mujer mayor vestida con un abrigo amarillo. Tras observarla con detalle y percibiendo en ella un rictus de amargura, se convence de que es su madre, que en teoría está muerta. Decide seguirla y descubre dónde vive.

Almas a la intemperie. Historias de desapego afectivo. La indiferencia de unas vidas anónimas y cotidianas.

Modiano es sorprendente. Con apenas un gesto mueve montañas, una frase simple recrea un mundo.

Patrick Modiano

Joyita

ePub r1.2
Titivillus 05.02.15

Título original: *La Petite Bijou*
Patrick Modiano, 2001
Traducción: Alberto Conde Calvo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Zina
Para Marie

Había transcurrido una docena de años desde que no me llamaban ya «Joyita» y me encontraba en la estación de metro de Châtelet en la hora punta. Estaba entre el gentío que recorría el interminable pasadizo, en el pasillo rodante. Una mujer llevaba un abrigo amarillo. Me había llamado la atención el color del abrigo e iba viéndola de espaldas, en el pasillo rodante. Luego seguía por el pasadizo donde indicaba «Dirección Château-de-Vincennes». Ahora estábamos parados, apretujados unos contra otros en medio de la escalera, esperando a que se abriera la portezuela. Se hallaba a mi lado. Entonces le vi la cara. El parecido de aquel rostro con el de mi madre era tan increíble que pensé que era ella.

Me vino a la memoria una foto, una de las pocas fotos que conservé de mi madre. Tenía la cara iluminada como si un proyector la hubiera hecho surgir de la noche. Siempre me he sentido violenta viendo esa foto. En mis sueños siempre era una foto antropométrica que me tendía alguien —un comisario de policía, un empleado del depósito de cadáveres— para que pudiera identificar a aquella persona. Pero yo me quedaba muda. No sabía nada de ella.

Se sentó en uno de los bancos de la estación, apartada del resto de la gente, que se apretaba al borde del andén a la espera del convoy. No quedaba sitio libre en el banco, a su lado, y yo aguardaba de pie, detrás, apoyada en una máquina automática. El corte de su abrigo seguramente había sido elegante en otro tiempo, y su color vivo le daba un toque de fantasía. Pero el amarillo se le había desvaído y vuelto casi gris. Parecía al margen de todo lo que la rodeaba y me pregunté si se quedaría allí, en el banco, hasta la hora del último metro. El mismo perfil que el de mi madre, la nariz tan particular, levemente respingona. Los mismos ojos claros. La misma frente alta. El pelo era más corto. No, no había cambiado mucho. Ya no tenía el pelo tan rubio, pero, después de todo, yo no sabía si mi madre había sido rubia de verdad. La boca se le contraía en un rictus de amargura. Estaba segura de que era ella.

Dejó pasar un tren. El andén se quedó vacío unos minutos. Me senté en el banco, a su lado. Al poco, una multitud compacta volvió a ocupar todo el andén. Podría haber entablado conversación con ella. No encontraba las palabras y había demasiada gente alrededor.

Iba a quedarse dormida en el banco, pero, cuando el ruido del convoy no era aún más que un lejano temblor, se levantó. Subí al vagón detrás de ella. Estábamos separadas por un grupo de hombres que hablaban muy alto entre ellos. Se cerraron las puertas y entonces pensé que tenía que haber cogido, como de costumbre, el metro en el otro sentido. En la estación siguiente me vi arrastrada al andén por la oleada de los que salían; luego, volví a subir al vagón y me acerqué a ella.

Bajo aquella luz tan intensa parecía más vieja que en el andén. Una cicatriz le cruzaba la sien izquierda y parte de la mejilla. ¿Qué edad tendría? ¿En torno a los cincuenta? ¿Y en las fotos? ¿Unos veinticinco? Tenía la mirada igual que a los veinticinco años, clara, con una expresión de extrañeza o temor vago, y se le endurecía de repente. La posó en mí por casualidad, pero no me veía. Se sacó una polvera del bolsillo del abrigo, la abrió, se acercó el espejo a la cara, y se fue pasando el dedo meñique de la mano izquierda por el rabillo del ojo, como para quitarse una mota de polvo. El metro cogía velocidad, pegó un bote, me agarré a la barra metálica, pero ella no perdió el equilibrio. Seguía impasible mirándose en la polvera. En Bastille, no sé ni cómo, consiguieron subirse todos, y a duras penas se cerraron las puertas. A ella le dio tiempo a guardarse la polvera antes de que la masa de gente abordara el vagón. ¿En qué estación se bajaría? ¿Pensaba seguirla hasta el final? ¿Era realmente necesario? Tendría que acostumbrarme a la idea de que vivía en la misma ciudad que yo. En su día me dijeron que había muerto, hacía mucho, en Marruecos, y jamás intenté saber nada más. «Murió en Marruecos», una de esas frases que datan de la infancia y cuyo significado no entiende una del todo. De esas frases sólo te queda en la memoria la sonoridad, como algunas letras de canciones que me daban miedo. «Era un

pequeño navío…». «Murió en Marruecos».

En mi partida de nacimiento figuraba su fecha de nacimiento: 1917, y en la época de las fotos pretendía tener veinticinco años. Pero seguro que, para entonces, ya había hecho trampa con la edad y se había falsificado la documentación con la idea de quitarse años. Se subió el cuello del abrigo como si tuviera frío en aquel vagón donde, sin embargo, viajábamos apiñados. Me fijé en que tenía las solapas completamente desgastadas. ¿Desde cuándo llevaba aquel abrigo? ¿Desde la época de las fotos? Por eso estaba el amarillo tan desvaído. Llegaríamos al final de la línea y, allí, un autobús nos trasladaría hasta algún lugar perdido de las afueras. La abordaría en ese momento. Pasada la estación de Lyon había menos gente en el vagón. De nuevo se posaba en mí su mirada, pero era esa mirada que intercambian maquinalmente los viajeros entre sí. «¿Se acuerda usted de que me llamaban Joyita? Por aquella época también adoptó usted un apellido falso. Y hasta un nombre falso, que era Sonia».

Ahora estábamos sentadas una frente a otra en los asientos más cercanos a las puertas. «Intenté localizarla por la guía e incluso llamé a las cuatro o cinco personas que tenían el mismo nombre que el suyo de verdad, pero no habían oído hablar nunca de usted. Yo me decía que debería ir un día a Marruecos. Era la única manera de averiguar si estaba muerta en serio».

Pasada Nation, el vagón circulaba vacío, pero ella seguía sentada en su sitio frente a mí, con las dos manos juntas y las mangas del abrigo grisáceo destapándole las muñecas. Unas manos desnudas sin asomo de anillo ni pulsera, unas manos agrietadas. En las fotos llevaba pulseras y anillos, anillos macizos como los de la época. Pero, hoy, ya nada. Cerró los ojos. En tres estaciones se acababa la línea. El metro se detendría en Château-de-Vincennes y yo me levantaría lo más discretamente posible, y saldría del vagón dejándola dormida en el asiento. Cogería el otro metro, dirección Pont-de-Neuilly, como habría hecho si no me hubiera fijado en aquel abrigo amarillo un rato antes, en el pasillo.

El tren se detuvo suavemente en la estación de Bérault. Ella abrió los ojos, que recobraban así su duro brillo. Echó un vistazo al andén y se levantó. Yo la seguía de nuevo por el pasillo, pero ahora estábamos solas. Entonces observé que llevaba esas zapatillas de punto, con forma de calcetines bajos, que se llamaban *panchos*, lo que acentuaba sus andares de antigua bailarina.

Una avenida ancha, orlada de edificios, en la linde entre Vincennes y Saint-Mandé. Caía la noche. Cruzó la avenida y entró en una cabina telefónica. Esperé a que cambiara varias veces el semáforo y crucé luego yo. En la cabina tardó cierto rato en encontrar unas monedas o una ficha. Yo hice como que estaba absorta en la luna de la tienda más próxima a la cabina, una farmacia que tenía en el escaparate ese cartel que tanto me asustaba de niña: el diablo echando fuego por la boca. Me volví. Estaba marcando despacito un número de teléfono, como si fuera la primera vez. Apoyaba el auricular en el oído aferrándolo con las dos manos. Pero no contestaban en ese número. Colgó, se sacó un papelito de uno de los bolsillos del abrigo y, mientras iba haciendo girar el dial del teléfono con el dedo, no apartaba la vista del papelito. Fue entonces cuando me pregunté si tendría domicilio en algún sitio.

Esta vez le contestó alguien. Yo veía el movimiento de sus labios a través del cristal. Seguía sosteniendo el auricular con las dos manos y de cuando en cuando meneaba la cabeza, como para concentrar toda su atención. A tenor de los movimientos de los labios, hablaba cada vez más alto, pero aquella vehemencia acababa por calmársele. ¿A quién estaría llamando? Entre los escasos objetos que me quedaban de ella en la caja de galletas de metal, una agenda y una libreta de direcciones databan de la época de las fotos, de cuando me llamaban Joyita. De más joven no me había entrado nunca la curiosidad de ojear la agenda y la libreta, pero hacía algún tiempo que las hojeaba un rato por la noche. Nombres. Números de teléfono. Sabía de sobra que no valía la pena marcarlos. Además, no me apetecía.

En la cabina, ella seguía hablando. Parecía tan absorta en la conversación que podía acercarme sin que notara mi presencia. Hasta podía hacer como que estaba esperando mi turno para telefonear, y captar a través del cristal algunas palabras que pudieran ayudarme a comprender mejor qué había sido de aquella mujer del abrigo amarillo y los *panchos*. Pero no oía nada. Seguramente estaba llamando a alguno de los que figuraban en la libreta, al único al que no hubiera perdido de vista o que no se hubiera muerto todavía. Muchas veces alguien se mantiene ahí, durante toda tu vida, y no consigues desanimarlo nunca. Lo mismo te ha conocido en tiempos de bonanza, pero, más tarde, es capaz de secundarte en las penurias, sin cejar en su admiración, siendo el único que sigue concediéndote crédito, sintiendo por ti eso que llaman la fe del carbonero. Un mendigo como tú. Un perrillo fiel. Un eterno sufridor. Yo intentaba imaginarme cómo sería el aspecto de ese hombre, o esa mujer, al otro lado del teléfono.

Salió de la cabina. Me echó una mirada indiferente, la misma mirada del metro. Abrí la puerta de cristal. Sin meter una ficha en la ranura marqué al tuntún, por hacer el paripé, un número de teléfono,

esperando que se alejara un poco. Sostenía el auricular contra la oreja, y no daba ni tono. El silencio. No era capaz de decidirme a colgar.

Entró en el café, junto a la farmacia. Dudé antes de seguirla, pero me dije que no se fijaría en mí. ¿Quiénes éramos nosotras dos? Una mujer de edad incierta y una joven perdidas entre la masa del metro. De esa masa de gente nadie habría logrado distinguirnos. Y cuando volvimos a subir al aire libre éramos como tantos miles y miles de personas que regresan por la noche a las afueras.

Estaba en una mesa del fondo. El rubio mofletudo de la barra le puso un kir[1]. Había que averiguar si iba allí cada noche a la misma hora. Me propuse quedarme con el nombre del café. Calciat; avenue de Paris número 96. El nombre estaba impreso en el cristal de la puerta, arqueado en semicírculo, y en caracteres blancos. En el metro, en el camino de vuelta, iba repitiéndome el nombre y la dirección para anotarlos en cuanto pudiera. No se muere en Marruecos. Se sigue viviendo una vida clandestina, después de la propia vida. Una se toma cada noche un kir en el café Calciat, y al final los clientes acaban por acostumbrarse a esa mujer del abrigo amarillo. Nadie le ha preguntado nunca nada.

Me senté a una mesa, no muy lejos de la suya. Yo también pedí un kir, en voz alta, para que lo oyera, con la esperanza de que viera en ello un signo de connivencia. Pero permaneció impasible. Guardaba la cabeza levemente inclinada, con la mirada al tiempo dura y melancólica, los brazos cruzados y apoyados en la mesa, en la misma actitud que la que mostraba en el cuadro. ¿Qué habría sido de aquel cuadro? Me siguió durante toda la infancia. Estaba colgado en la pared de mi cuarto de Fossombronne-la-Forêt. Me dijeron: «Es el retrato de tu madre». Era obra de un tipo que se llamaba Tola Soungouroff. Lo pintó en París. El nombre y la ciudad figuraban al pie del cuadro, a la izquierda. Tenía los brazos cruzados, como ahora, con la diferencia de que en una de las muñecas llevaba puesta una pesada pulsera de cadena. Aquello podía servirme de excusa para entablar una conversación. «Se parece usted a una mujer que vi la semana pasada en un cuadro del rastro, en porte de Clignancourt. El pintor se llamaba Tola Soungouroff». Pero no tenía el coraje de levantarme y dirigirme a ella. Suponiendo que fuera capaz de pronunciar la frase sin equivocarme: «El pintor se llamaba Tola Soungouroff, y usted, Sonia, pero era un nombre falso; el auténtico, como puede leerse en mi partida de nacimiento, era Suzanne». Sí, una vez pronunciada la frase, muy deprisa, ¿qué ganaría con eso? Haría como que no entendía, o se le atropellarían las palabras en la boca, y le saldrían sin orden ni concierto, porque hacía muchísimo que no hablaba con nadie. Pero mentiría, jugaría al despiste, como ya hizo en la época del cuadro y las fotos inventándose la edad y un nombre falso. Y también un apellido falso. Y hasta un falso título nobiliario. Dejaba correr el bulo de que había nacido en una familia de la aristocracia irlandesa. Supongo que se le cruzaría en el camino algún irlandés, porque si no, no se le habría ocurrido una idea semejante. Un irlandés. Quizá mi padre —resultaría muy difícil volver a localizarlo y debió de olvidarse de él. Seguro que se había olvidado de todo lo demás y se hubiera llevado un buen chasco de sacarle yo el asunto. Se trataba de otra persona distinta de ella. Con el tiempo se habían disipado las mentiras. Pero, en su día, estoy segura de que se las había creído a pie juntillas.

El rubio mofletudo le puso otro kir. Ahora había muchos clientes en la barra. Y todas las mesas estaban ocupadas. En aquel guirigay no habríamos podido ni oírnos. Tenía la sensación de seguir dentro del vagón del metro. O de estar, más bien, en la sala de espera de una estación, sin saber exactamente qué tren me tocaba coger. Pero ya no había tren para ella. Estaba retrasando la hora de regresar a su casa. No estaba muy lejos, seguro. Yo tenía muchísima curiosidad por saber dónde. No me apetecía nada hablar con ella, no sentía por ella nada en especial. Las circunstancias habían impedido que hubiera entre nosotras eso que llaman la leche de la bondad humana[2]. Lo único que deseaba saber era dónde había ido a parar, doce años después de su muerte en Marruecos.

Era una callecita, por la zona del castillo o el fuerte. No conozco muy bien la diferencia entre una cosa y otra. La componían casas bajas, garajes y hasta cuadras. De hecho, se llamaba rue du Quartier-de-Cavalerie. En la acera de la derecha, hacia la mitad, se perfilaba la mole de un gran edificio de ladrillo oscuro. Ya era bien de noche cuando nos metimos en la calle. Yo seguía andando unos metros detrás de ella, pero poco a poco iba reduciendo la distancia entre nosotras. Tenía la certeza de que no se percataría ni aunque anduviera a su altura. Volví de día a aquella calle. Pasabas el edificio de ladrillo y, más allá, ibas a salir al vacío. El cielo estaba despejado. Pero, cuando llegabas al final de la calle, caías en la cuenta de que daba a una especie de descampado que, a su vez, bordeaba una extensión más amplia. Un cartel indicaba: «Campo de maniobras». Al otro lado comenzaba el bosque de Vincennes. De noche, aquella calle se parecía a cualquier calle de las afueras: Asniéres, Issy-les-Moulineaux, Levallois… Ella avanzaba despacio, con sus andares de ex bailarina. No debía de resultarle fácil con los *panchos*.

El edificio, con su oscura mole, destacaba sobre todas las demás construcciones. Una se preguntaba por qué lo habrían levantado en aquella calle. En la planta baja, una tienda de alimentación a punto de cerrar. Ya habían apagado los neones y sólo alumbraba ya una luz en la caja. Yo la veía a través del cristal cogiendo en el estante del fondo una lata de conserva, y luego otra. Y un paquete negro. ¿Café? ¿Achicoria? Llevaba las latas de conserva y el paquete abrazados contra el abrigo, pero, al llegar a la caja, hizo un movimiento en falso. Se le cayeron las latas y el paquete negro. El tipo de la caja se los recogió. Sonreía. Los labios de una y otro se movían, y a mí me hubiera encantado saber cómo la llamaba. ¿Por el nombre de verdad, el de joven? Salió, y seguía sujetando las latas de conserva y el paquete con ambos brazos contra el abrigo, un poco como se lleva a un recién nacido. Estuve en un tris de ofrecerle mi ayuda, pero, repentinamente, la rue du Quartier-de-Cavalerie me pareció muy lejos de París, perdida en alguna región remota, alguna ciudad fronteriza. Pronto iba a cerrar todo, la ciudad se quedaría desierta y me perdería el último tren.

Pasó por la verja. En cuanto vi de lejos aquella mole de ladrillo oscuro, tuve el presentimiento de que vivía allí. Ahora cruzaba un patio, y al fondo se elevaban varios edificios iguales al de la calle. Iba andando cada vez más despacio, como si tuviera miedo de que se le cayeran las compras. De espaldas, cualquiera hubiera dicho que llevaba una carga demasiado pesada para sus fuerzas, y que era ella la que podía caerse en cualquier momento.

Entró en uno de los edificios, al fondo del todo, hacia la izquierda. Estaba indicada cada una de las diversas entradas: Escalera A. Escalera B. Escalera C. Escalera D. La suya era la escalera A. Me quedé un rato frente a la fachada, esperando a que se iluminara alguna ventana. Pero esperé para nada. Me pregunté si habría ascensor. Me la imaginé subiendo por la escalera A y apretando contra ella las latas de conserva. No se me quitaba esa idea de la cabeza, ni en el metro de vuelta.

Repetí el mismo camino los días siguientes al final de la tarde. Justo a la hora a la que me había encontrado con ella la primera vez, me quedaba esperándola, sentada en un banco, en la estación de Châtelet. Al acecho del abrigo amarillo. Cuando se va el metro se abre la portezuela, y la oleada de viajeros se desperdiga por el andén. Con el tren siguiente se apelotonarán en los vagones. El andén está vacío, se llena de nuevo y acaba por relajarse la atención. Te dejas atontar por las idas y venidas de la gente, no ves ya nada concreto, ni siquiera un abrigo amarillo. Un mar de fondo te arrastra a uno de los vagones. Recuerdo que, en esa época, desfilaban los mismos carteles en todas las estaciones. Una pareja con tres niños rubios en torno a una mesa, por la noche, en un chalet de montaña. Les iluminaba la cara una lámpara. Afuera caía la nieve. Debía de ser Navidad. En la parte alta del cartel se leía: PUPIER, CHOCOLATE DE LAS FAMILIAS.

La primera semana fui una sola vez a Vincennes. La semana siguiente, dos veces. Luego, otras dos más. En el café había demasiada gente hacia las siete de la tarde para que nadie se fijara en mí. La segunda vez me arriesgué a preguntar al rubio mofletudo que servía las consumiciones si iba a venir hoy la señora del abrigo amarillo. Frunció el ceño como si no entendiera. Lo reclamaban desde una mesa próxima. Creo que no me oyó. Pero no habría tenido tiempo de contestarme. Para él también era hora punta. A lo mejor ella no era asidua de aquel café. No vivía en aquel barrio. La persona a la que había llamado desde la cabina vivía en el edificio de ladrillo y había ido a visitarla aquella noche. Le llevó unas latas de conserva. Un rato después cogió el metro en el otro sentido, como hice yo, y regresó a su casa, a una dirección que yo no sabría nunca. La única referencia clara era la escalera A. Pero me tocaría ir llamando puerta a puerta en cada rellano, y preguntar a quienes tuvieran a bien abrirme si conocían a una mujer de unos cincuenta años con un abrigo amarillo y una cicatriz en la cara. Sí, había ido una noche de la semana anterior, después de comprar en la tienda que daba a la calle unas latas de conserva y un paquete de café. ¿Qué iban a contestarme? Había soñado todo eso.

Y, sin embargo, terminó por volver a aparecer a la quinta semana. En el momento en que yo salía de la boca de metro, la vi en la cabina telefónica. Llevaba su abrigo amarillo. Me pregunté si acababa también ella de salir del metro. Habría entonces en su vida trayectos y horarios regulares… Me costaba imaginarla ejerciendo un trabajo diario, como todos los que cogían el metro a esa hora. Estación de Châtelet. Era demasiado vago para saber algo más. Sobre las seis de la tarde docenas de miles de personas van a parar a la estación de Châtelet, antes de desperdigarse por los cuatro puntos cardinales haciendo transbordos. Sus rastros se mezclan y se confunden definitivamente. En esa oleada existen puntos fijos. No debería haberme conformado con esperar en uno de los bancos de la estación. Hay que aguardar un buen rato en los lugares donde están las taquillas y los quioscos de prensa, en el largo pasillo de las escaleras mecánicas, sin olvidar los otros. Hay gente que se pasa allí todo el día, pero sólo reparamos en ellos tras un periodo de aclimatación. Mendigos. Músicos ambulantes. Carteristas. Enajenados que no volverán a subir nunca más a la superficie. A lo mejor ella tampoco salía en todo el día de la estación de Châtelet. Yo la observaba en la cabina telefónica. Era como la primera vez, no parecía lograr comunicación de inmediato. Otra vez marcaba el número. Se ponía a hablar, pero la conversación duraba mucho menos que el otro día. Colgaba con gesto seco. Salía de la cabina. No se paraba en el café. Seguía por la avenue de Paris, con sus consabidos andares de ex bailarina. Llegábamos a Château-de-Vincennes. ¿Por qué no se apeaba en esa estación de metro, que era el final de la línea? ¿Por la cabina telefónica y el café donde solía tomarse un kir antes de regresar a casa? ¿Y las otras noches en que no la había visto yo? Seguro que esas noches se había apeado en la estación de Château-de-Vincennes. Tenía que hablar con ella, de lo contrario acabaría por darse cuenta de que la

andaban siguiendo. Yo buscaba una frase, la más breve posible. Le daría la mano sin más. Le diría: «Usted me puso Joyita. Tiene que acordarse…». Nos estábamos acercando al edificio y, como la primera noche, no me veía con ánimo para abordarla. Todo lo contrario: la iba dejando distanciarse, sentía que me subía por las piernas una debilidad de plomo. Pero también una especie de alivio a medida que se alejaba. Aquella noche no se paró en la tienda a comprar latas de conserva. Mientras cruzaba el patio del edificio, yo me quedé detrás de la verja. El patio sólo estaba iluminado por un globo en el porche de la escalera A. Bajo aquella luz, el abrigo recobraba su color amarillo. Ella iba encorvándose levemente y avanzaba hacia la entrada de la escalera A con paso agotado. Me vino a la memoria el título de un libro con santos que yo leía en la época en que me llamaba Joyita: *El viejo caballo de circo.*

Cuando desapareció, pasé la verja. En la parte de la izquierda, una puerta cristalera con una placa, una lista de nombres por orden alfabético y, junto a cada uno de ellos, la escalera correspondiente. Detrás del cristal había luz. Llamé. Por el resquicio de la puerta asomó el rostro de una mujer morena, de pelo corto, bastante joven. Le dije que estaba buscando a una señora que vivía allí. Una señora sola de abrigo amarillo.

En lugar de cerrar la puerta sin más, frunció el ceño como si tratara de recordar un nombre.

—Debe de ser la señora Boré. Escalera A… ya no sé qué piso.

Iba recorriendo la lista con un dedo. Me señalaba un nombre. Boré. Escalera A. Cuarto piso. Empecé a cruzar el patio. Cuando sentí que cerraba la portería, di media vuelta y me escurrí a la calle.

*

Aquella noche, durante todo el trayecto de vuelta en metro, estaba segura de que no se me iría de la cabeza aquel apellido. Boré. Sí, se parecía al apellido del hombre que, de acuerdo con lo que creí entender en su día, era hermano de mi madre, un tal Jean Bori. Me llevaba los jueves a su garaje. ¿Era mera coincidencia? No obstante, el apellido de mi madre que figuraba en mi partida de nacimiento era Cardéres. Y
O'Dauyé
el apellido que adoptó; su nombre artístico, digamos. Todo esto es de cuando yo me llamaba Joyita… Ya en mi cuarto, estuve mirando otra vez las fotos, abrí la agenda y la libreta de direcciones, que estaban guardadas en la vieja caja de galletas, y, en medio de la agenda, me topé con la hoja de papel arrancada de un cuaderno escolar —lo conocía de sobra—. La minúscula caligrafía en tinta azul no era la de mi madre. En la parte superior de la página ponía: SONIA CARDÈRES. Debajo del nombre, una raya. Y la raya daba paso a estas líneas, que abarrotaban los márgenes.

Cita fallida. Desdichada en septiembre. Desavenencia con una mujer rubia. Tendencia a dejarse llevar por soluciones peligrosamente fáciles. Nunca se volverá a recuperar lo perdido. Flechazo por un hombre no francés. Cambio en los meses que vienen. Tenga cuidado a finales de julio. Visita de un desconocido. No hay peligro pero, con todo, prudencia. El viaje finalizará bien.

Había consultado a una echadora de cartas o a alguna quiromante. Supongo que no se sentía muy segura respecto al futuro. Tendencia a dejarse llevar por soluciones peligrosamente fáciles. Le entró miedo, de golpe, como en uno de esos artefactos de feria que llaman gusanos o *scenic railway*[3]. Demasiado tarde para bajarse. Cogen velocidad y una se pregunta enseguida si no irán a descarrilar. Ella veía venir la torta. Desdichada en septiembre. Seguramente el verano en que de buenas a primeras me vi sola en el campo. El tren estaba atestado. Yo llevaba al cuello un papelito con una dirección escrita. Nunca se volverá a recuperar lo perdido. En el campo, algo más tarde, recibí una postal. Está en el fondo de la caja de galletas. Casablanca. La plaza de Francia. «Muchos besos». Ni siquiera llevaba firma. Una letra gorda, la misma que en la agenda y la libreta de direcciones. Antiguamente enseñaban a las niñas de la edad de mi madre a escribir muy grande. Flechazo por un hombre no francés: pero ¿cuál? En la libreta figuran varios nombres que no son franceses. Tenga cuidado a finales de julio. Fue el mes en que me enviaron al campo, a Fossombronne-la-Forêt. En mi cuarto colgaba de la pared el cuadro de Tola Soungouroff, así que cada mañana, al despertarme, mi madre me clavaba la mirada.

Después de la postal no volví a recibir la menor señal de vida. Sólo me quedaba de ella aquella mirada por la mañana, y también por la noche, cuando leía acostada, o si estaba enferma. Al cabo de un rato me daba cuenta de que no se dirigía a mí, sino que era una mirada perdida.

No hay peligro pero, con todo, prudencia. El viaje finalizará bien. Creo que se equivocó la echadora de cartas, pero a lo mejor ocultaba parte de la verdad para no desesperar a sus clientes. Me hubiera gustado saber qué ropa llevaba mi madre aquel día en la estación de Austerlitz, cuando llegó a París. El abrigo amarillo, no. Y también sentía haber perdido aquel libro con santos que se llamaba *El viejo caballo de circo*. Me lo habían dado en el campo, en Fossombronne-la-Forêt. Pero me estoy liando… Creo que ya lo tenía en el piso de París. Por otro lado, también el cuadro colgaba de la pared de una de las habitaciones de aquel piso, la habitación inmensa con los tres peldaños forrados de felpa blanca. En la cubierta del libro resaltaba un caballo negro. Estaba dando una vuelta a la pista, se diría que la última, con la cabeza inclinada, aspecto de cansancio, como si estuviera en un tris de caerse a cada paso. Sí, mientras la vi cruzando el patio de la finca me vino de golpe a las mientes la imagen del caballo negro. Andaba alrededor de la pista y daba la impresión de que los arreos le pesaran horrores. Eran del mismo color que el abrigo. Amarillos.

La tarde en que creí reconocer a mi madre en el metro hacía ya algún tiempo que conocía a aquel hombre que se llamaba Moreau o Badmaev. Coincidimos en la librería Mattei, en el boulevard de Clichy. Cerraba muy tarde. Yo estaba buscando una novela policiaca. A las doce de la noche éramos los dos únicos clientes, y me aconsejó un título de la *Série Noire*[4]. Luego nos fuimos charlando por el paseo central del bulevar. Le salía a ratos una curiosa entonación que me hacía pensar que era extranjero. Más tarde me explicó que había heredado aquel apellido, Badmaev, de un padre al que apenas llegó a conocer. Un ruso. Pero su madre era francesa. En el papelito donde ese primer día me escribió su dirección ponía: Moreau-Badmaev.

Hablamos de todo y de nada. Aquella noche no me dijo gran cosa sobre él, salvo que vivía en la zona de porte
d'Orléans
y que estaba allí por casualidad. Y era una agradable casualidad, porque me había conocido. Le apetecía saber si yo leía otros libros aparte de novelas policiacas. Le acompañé hasta la estación de metro de Pigalle. Me preguntó si podíamos volver a vernos. Y me dijo con una sonrisa:

—Así intentaremos ver las cosas con más claridad.

Esa frase me llamó mucho la atención. Era como si pudiera leerme el pensamiento. Sí. Había llegado a un periodo de mi vida en que deseaba ver las cosas con más claridad.

Me resultaba todo tan confuso desde el principio, desde mis más antiguos recuerdos de infancia… A veces me rondaban, hacia las cinco de la mañana, a esa hora peligrosa en que ya no consigues volver a dormirte. Entonces esperaba, antes de salir a la calle, para asegurarme de que estuvieran abiertos los primeros cafés. Sabía de sobra que, nada más poner los pies fuera, se me esfumarían esos recuerdos como retazos de malos sueños. Y eso en cualquier época del año. Las mañanas de invierno en que aún es de noche, el aire vivo, las luces que brillan y los primeros clientes congregados ante la barra cual conspiradores te dan la ilusión de que la jornada que empieza será una nueva aventura. Y esa ilusión te acompaña parte de la mañana. En verano, cuando la jornada se anuncia muy calurosa y todavía no hay mucha circulación, yo estaba sentada en la primera terraza abierta, y me decía que bastaba con bajar por la rue Blanche para ir a dar a la playa. También esas mañanas se disipaban todos los malos recuerdos.

El Moreau-Badmaev quedó conmigo en la porte
d'Orléans,
en un café que se llamaba Le Corentin. Llegué la primera. Ya era de noche a las siete. Me había advertido de que no podía ir antes porque trabajaba en una oficina. Vi entrar a un tipo de unos veinticinco años, alto, moreno, con chaqueta de cuero. Me localizó enseguida y se sentó frente a mí. Yo había temido que no me reconociera. Él no sabría nunca que me había llamado Joyita. ¿Quién lo sabía aún, aparte de mí? ¿Y mi madre? A lo mejor uno de estos días debería decírselo. Para intentar ver las cosas con más claridad.

Me sonrió. Me dijo que tuvo miedo de no poder venir. Aquella tarde lo habían entretenido más de la cuenta. Y luego, sus horarios de trabajo cambiaban de una semana a otra. En ese momento estaba trabajando de día, pero la semana siguiente le tocaba de diez de la noche a siete de la mañana. Le pregunté qué hacía. Sintonizaba programas de radio en lenguas extranjeras y redactaba la traducción y un resumen. Y eso para un organismo del que no entendí muy bien si dependía de una agencia de prensa o de un ministerio. Lo habían contratado para ese trabajo porque manejaba unos veinte idiomas. Yo, que no hablaba más que francés, estaba muy impresionada. Pero me dijo que no era tan difícil. Una

vez aprendidas dos o tres lenguas, bastaba con seguir la propia inercia. Estaba al alcance de cualquiera. Y yo, ¿a qué me dedicaba? Bueno, de momento vivía de trabajitos a tiempo parcial, pero esperaba encontrar tarde o temprano un trabajo fijo. Me hacía mucha falta —sobre todo para la moral.

Se inclinó hacía mí y bajó la voz:

—¿Por qué? ¿Anda floja de moral?

No me incomodó la pregunta. Apenas lo conocía, pero con él me sentía en confianza.

—¿Qué busca exactamente en la vida?

Daba la impresión de disculparse por aquella pregunta vaga y solemne. Me miraba fijamente con sus ojos claros y noté que eran de un color azul casi gris. Tenía también unas manos muy bonitas.

—Qué busco en la vida…

Intentaba lanzarme, era imprescindible que le contestara algo. Un tipo como él, con sus veinte lenguas, no entendería que me quedara sin respuesta.

—Busco… contactos humanos…

No pareció decepcionarle mi respuesta. De nuevo aquella mirada clara que me envolvía y me hacía bajar los ojos. Y aquellas hermosas manos, estiradas encima de la mesa, de finos y largos dedos que me imaginaba corriendo por las teclas de un piano. Yo era tan sensible a las miradas y a las manos… Me dijo:

—Hay un término que ha empleado usted hace un instante y que me ha llamado la atención… el término «fijo»…

Ya no me acordaba. Me resultaba halagador que concediera importancia a las pocas palabras que había pronunciado. Unas palabras tan triviales.

—El problema es encontrar un punto fijo…

En ese momento, a pesar de su calma y la dulzura de su voz, me pareció tan ansioso como yo. Por lo demás, me preguntó si me embargaba esa desagradable sensación de flotar, como si te arrastrara una corriente y no pudieras aferrarte a nada.

Sí, eso era más o menos lo que sentía. Los días se sucedían sin que nada permitiera distinguir unos de otros, en un deslizamiento tan regular como el del pasillo rodante de la estación de Châtelet. Yo era arrastrada por un pasillo interminable y ni siquiera necesitaba dar un paso. Y, sin embargo, una tarde próxima me iba a topar de buenas a primeras con un abrigo amarillo. Entre toda aquella masa de desconocidos con la que acababa por confundirme iba a resaltar un color que no debía perder de vista si aspiraba a descubrir un poco más sobre mí misma.

—Hay que encontrar un punto fijo para que la vida deje de ser esa perpetua flotación…

Me sonreía como deseando atenuar la seriedad de sus palabras.

—Una vez que encontremos el punto fijo, entonces todo irá mejor, ¿no le parece?

Sentí que trataba de recordar mi nombre. De nuevo me entraron ganas de presentarme diciéndole: «Me llamaban Joyita». Le explicaría todo desde el principio. Pero dije simplemente:

—Mi nombre de pila es Thérèse.

La otra noche, en el paseo central, le pregunté cuál era el suyo y él contestó: «Nada de nombre de pila. Llámeme Badmaev, sin más. O, si prefiere, Moreau». Aquello me extrañó, pero más tarde pensé que era por voluntad expresa de protegerse y guardar las distancias. No le apetecía entablar una intimidad demasiado grande con la gente. A lo mejor ocultaba algo.

Me propuso pasar por su casa. Para prestarme un libro. Vivía en los bloques de viviendas frente al café Le Corentin, al otro lado del boulevard Jourdan. Edificios de ladrillo, como el de Vincennes en el que luego yo vería a mi madre cruzando el patio. Íbamos caminando junto a unas fachadas todas iguales. En el 11 de una rue Monticelli subimos las escaleras hasta el cuarto piso. La puerta daba a un pasillo de linóleo rojo oscuro. Al fondo del pasillo, entramos en su habitación. Un colchón en el mismo suelo y pilas de libros pegados a las paredes. Me invitó a sentarme en la única silla, frente a la ventana.

—Antes de que se me olvide… Tengo que darle este libro…

Se agachó sobre las pilas de libros y las examinó una a una. Al final sacó un libro que destacaba entre los otros por su cubierta roja. Me lo tendió. Lo abrí por la página del título: *En los confines de la vida.*

Daba la impresión de disculparse. Incluso dijo:

—Si la aburre, no tiene por qué leerlo.

Se sentó en la orilla de la cama. La habitación estaba iluminada únicamente por una bombilla desnuda, fijada en la punta de un largo trípode. La bombilla era muy pequeña y de escasísima intensidad. Junto a la cama, en lugar de una mesilla de noche, un enorme aparato de radio, de ésos con

tela. Yo ya había visto otro igual en Fossombronne-la-Forêt. Me resultó muy llamativo.

—Le tengo cariño a este aparato —me dijo—. En ocasiones lo uso para mi trabajo. Cuando puedo hacerlo en casa…

Se agachó y accionó el botón. Se encendió una luz verde.

Se oía una voz sorda que hablaba en un idioma extranjero.

—¿Le apetece saber cómo trabajo?

Cogió un bloc de papel de cartas y un bolígrafo que estaban encima del aparato de radio. Iba escribiendo a medida que escuchaba la voz.

—Es muy fácil… Lo cojo todo en taquigrafía.

Se acercó y me tendió el papel. Desde aquella tarde he guardado aquel papel siempre conmigo.

Algo por debajo de los signos taquigráficos, se leía:

Niet lang geleden slaagden matrozen er in de sirenen, enkele mijlen zuidelijd van de azoren, te vangen.

Y la traducción: «Hace no mucho de esto, unos marineros lograron atrapar a unas sirenas a pocas millas al sur de las Azores».

—Es en neerlandés. Pero lo ha leído con leve acento flamenco de Amberes.

Giró el botón para que dejáramos de oír la voz. No quitó la luz verde. Pues ése era su trabajo. Le daban una lista de programas que escuchar, de día o de noche, y tenía que hacer la traducción para el día siguiente.

—En ocasiones son programas que llegan de muy lejos… locutores que hablan lenguas raras.

Los oía de noche, en su habitación, para entrenarse. Me lo imaginaba tumbado en la cama, en la oscuridad traspasada por aquella luz verde.

Se sentó de nuevo en la orilla de la cama. Me dijo que desde que vivía en aquel apartamento prácticamente no usaba la cocina. Había otra habitación, pero la había dejado vacía y no entraba nunca en ella. Además, a fuerza de escuchar tanta radio extranjera, terminaba no sabiendo ya muy bien en qué país estaba.

La ventana daba a un patio grande y a las fachadas de otros edificios, donde estaban iluminadas, en todos los pisos, otras ventanas. Cierto tiempo después, cuando seguí a mi madre por primera vez hasta su domicilio, estaba segura de que la vista desde su habitación era la misma que la de casa de Moreau-Badmaev. Consulté la guía con la esperanza de encontrar su nombre y me sorprendió la cantidad de gente que vivía allí. Unas cincuenta personas, entre ellas una docena de mujeres solas. Pero no aparecía su nombre de soltera, ni el nombre inventado que utilizó en su día. La portera no me había indicado todavía que se llamaba Boré. Y luego tuve que volver a consultar la guía por calles. Había perdido el número de teléfono de Moreau-Badmaev. En su dirección aparecían tantos nombres como en la de mi madre. Sí, los bloques de casas, en Vincennes y en porte
d'Orléans,
eran aproximadamente los mismos. Su nombre, Moreau-Badmaev, figuraba en la lista. Era la prueba de que no lo había soñado.

Aquella tarde, en el momento en que estaba yo mirando por la ventana, me dijo que la vista era «un poco triste». Al principio de estar allí le había invadido una sensación de ahogo. Se oían todos los ruidos de los vecinos, de los de la misma planta, de los de arriba y de los de abajo. Un jaleo continuo, como el de las cárceles. Llegó a pensar que estaba encerrado para los restos en una celda en medio de cientos y cientos de otras celdas ocupadas por familias o personas solas como él. En ese momento regresaba de un largo viaje a Irán durante el que había perdido la costumbre de París y las grandes ciudades. Había pasado allí una temporada para intentar aprender un idioma, el «persa de las praderas».

No lo enseñaba ningún profesor, ni en la Escuela de Lenguas Orientales. Así que tocaba ir al país. Había hecho el viaje el año anterior. El regreso a París, a porte
d'Orléans,
le resultó difícil, pero ahora ya no le molestaban en absoluto los ruidos de los demás inquilinos. Le bastaba con encender el aparato de radio y girar lentamente el botón. Y otra vez se encontraba muy lejos. Ya ni le hacía falta viajar. Bastaba con que se encendiera la luz verde.

—Si le apetece, podría enseñarle el persa de las praderas…

Lo dijo de broma, pero la frase me resonó en la cabeza debido a la palabra «praderas». Pensé que iba a marcharme pronto de aquella ciudad y que no tenía ningún motivo serio para sentirme prisionera de nada. Ante mí se abrían todos los horizontes, praderas hasta perderse de vista que bajaban hacia el mar. Por última vez quería reunir unos cuantos pobres recuerdos, reencontrar algún rastro de mi

infancia, como ese viajero que se guardará hasta el final en el bolsillo un viejo carnet de identidad caducado. No había gran cosa que reunir antes de irme.

Eran las nueve de la noche. Le dije que tenía que volver a casa. La próxima vez me invitaría a cenar, si me parecía bien. Y me daría una clase de persa de las praderas.

Me acompañó hasta la estación de metro. Yo no reconocía la porte
d'Orléans,
y eso que hasta los dieciséis años llegaba a ella cada vez que venía a París. En aquella época, el coche de línea que cogía en Fossombronne-la-Forêt paraba delante del café de la Rotonde.

Él me seguía hablando del persa de las praderas. Esa lengua, me explicaba, se parecía al finlandés. Era igual de agradable de oír. Transmitía la caricia del viento entre las hierbas y el rumor de las cascadas.

Al principio de todo notaba un olor muy raro en la escalera. Venía de la moqueta roja. Debía de estar pudriéndose poco a poco. Ya se veía asomando, en diversos sitios, la madera de los peldaños. Tanta gente había subido por aquellos escalones, los había bajado en la época en que fue hotel… La escalera era empinada y arrancaba nada más pasar la puerta cochera. Yo sabía que mi madre había vivido en aquel hotel. La dirección figuraba en mi partida de nacimiento. Un día en que estaba ojeando los anuncios por palabras en busca de una habitación de alquiler, me extrañó encontrarme con dicha dirección en las páginas de «Alquiler de estudios».

Me presenté a la hora indicada. Me estaba esperando en la acera un señor de unos cincuenta años, de tez colorada. Me enseñó, en el primer piso, una habitación con un cuartito de baño. Me pidió tres meses por adelantado «en efectivo». Por suerte me quedaba esa cantidad poco más o menos. Me llevó al café, en la esquina del boulevard de Clichy, para rellenar y firmar los papeles. Me explicó que habían cerrado el hotel y habían convertido las habitaciones en «estudios».

—Mi madre vivió en este hotel…

Me oí pronunciando lentamente esta frase y me sorprendió a mí misma. ¿Qué mosca me había picado? Él dijo, con voz distraída: «¿Ah, sí? ¿Su madre?». Tenía edad para haberla conocido. Le pregunté si, en el pasado, se había dedicado al hotel. No. Lo había comprado el año pasado con unos socios y habían hecho unas reformas.

—¿Sabe? —me dijo—. No era precisamente un hotel muy brillante.

Y la primera noche pensé que a lo mejor mi madre había ocupado la habitación en la que estaba yo. Así que la tarde en que andaba intentando alquilar una habitación y me topé en el periódico con la dirección, 11, rue Coustou, fue cuando se desencadenó todo. Hacía ya algún tiempo que me daba por abrir la vieja caja de galletas, hojeaba la agenda y la libreta de direcciones, miraba las fotos… Hasta entonces, he de confesar que no había abierto nunca la caja o, si acaso, cuando lo hice, no se me había ocurrido husmear en lo que para mí eran meros papelajos de otra época. Desde la infancia estaba acostumbrada a aquella caja, me había seguido como el cuadro de Tola Soungouroff, formaba parte del paisaje desde siempre. Hasta había guardado en ella algunas piezas de bisutería. Tú no te fijas en los objetos que te acompañan hace mucho. Y si resulta que los pierdes, te das cuenta de que se te han escapado ciertos detalles. Por ejemplo, ya no me acordaba de cómo era el marco del cuadro de Soungouroff. Y si se me hubiera perdido la caja de galletas, se me habría olvidado que en la tapa había pegada una etiqueta medio rasgada donde aún podía leerse LEFÈVRE-UTILE. Hay que desconfiar de ésos a los que llaman testigos.

Había regresado al punto de partida, teniendo en cuenta que aquella dirección figuraba en mi partida de nacimiento como el domicilio de mi madre. Y seguramente yo habría vivido también allí muy al principio de mi vida. Una tarde en que Moreau-Badmaev me acompañaba hasta casa le conté todo esto, y me dijo:

—Entonces, ha vuelto usted a su vieja casa familiar.

Y nos echamos a reír los dos. El portón está cubierto de madreselva, permaneció cerrado tanto tiempo que empezaron a crecerle hierbas por detrás y sólo es posible entreabrirlo y colarse entre los dos batientes. Al fondo de la pradera, bajo la luna, el castillo de nuestra infancia. Más allá, a la izquierda, sigue estando el cedro. Ahora penetramos en el castillo. Con un candelabro en la mano, cruzamos el salón azul y la galería con los retratos de los antepasados puestos en hilera. No ha cambiado nada, todo ha permanecido en el mismo sitio bajo una capa de polvo. Subimos por la escalera grande. Al fondo del pasillo, estamos por fin en la habitación de los niños. Así es como se entretenía en describir Moreau-

Badmaev el retorno al ámbito familiar, tal como tendría que haberlo hecho yo en otra vida. Pero la ventana de mi habitación daba a la minúscula rue Puget, mucho más estrecha que la rue Coustou y con la que formaba una especie de triángulo. Mi habitación estaba en la punta de aquel triángulo. No había ni contraventanas ni cortinas. De noche, el letrero luminoso del garaje, por debajo, en la rue Coustou, proyectaba en la pared, por encima de mi cama, unos reflejos rojos y verdes. No me incordiaba. Al contrario, me sentía más segura. Alguien velaba por mí. A lo mejor las señales rojas y verdes venían de muy lejos, de aquella época en que mi madre estaba en la habitación, tumbada en la misma cama y, como yo, tratando de conciliar el sueño. Se encendían, se apagaban, se encendían, y aquella intermitencia me acunaba y me echaba en brazos del sueño. ¿Por qué había alquilado yo aquella habitación cuando podía haber elegido otra en un barrio distinto? Pero me habría quedado sin aquellas señales rojas y verdes, tan regulares como los latidos de un corazón y sobre las que acababa diciéndome que eran el único rastro del pasado.

Tenía que ir todos los días de la semana hacia el bosque de Boulogne a casa de unos señores ricos, a hacerme cargo de su niña. Encontré el trabajo una tarde en que me presenté como último recurso en una agencia de colocación que elegí al azar en las páginas de la guía. La agencia Taylor.

Me atendió un hombre pelirrojo, que llevaba bigote y un traje príncipe de Gales, en un despacho de sombrías *boiseries*. Me dijo que me sentara. Tuve el valor de decirle que era la primera vez que buscaba ese tipo de trabajo.

—¿Quiere dejar los estudios?

Me sorprendió la pregunta. Le dije que no estaba estudiando.

—Cuando la vi entrar, pensé que era estudiante.

Pronunció aquella palabra con un respeto tal que me pregunté qué podía evocarle que fuera tan maravilloso, y lamenté de verdad no ser estudiante.

—Tengo tal vez un trabajo para usted… de tres horas al día… para cuidar a una niña.

Tuve de golpe la sensación de que ya no se presentaba nadie en aquella agencia Taylor y de que aquel señor pelirrojo se pasaba largas tardes solitarias, sentado en su despacho, soñando con universitarias. En una de las paredes, a mi izquierda, había un cartelón donde estaban dibujados con todo detalle, me parecía, unos señores en traje de *maître* y de chófer, y unas señoras en uniforme de niñera y enfermera. En la parte baja del cartelón se leía en gruesas letras negras: AGENCIA ANDRÉ TAYLOR.

Me sonrió. Me dijo que aquel cartel databa de la época de su padre y que podía estar tranquila, no necesitaría uniforme. Los señores donde tendría que presentarme vivían por la zona de Neuilly y buscaban a alguien que les cuidara la niña a media tarde.

La primera vez que fui a su casa fue un día de lluvia, en noviembre. No pegué ojo en toda la noche y me preguntaba cómo me recibirían. El señor de la agencia me había dicho que eran bastante jóvenes y me había dado un papel donde había anotado su nombre y dirección: Valadier; 70, boulevard Maurice-Barrès. A cuenta de la lluvia, que caía desde por la mañana me daban ganas de irme de aquella habitación y aquella ciudad. En cuanto tuviera un poco de dinero me marcharía al Midi[5], e incluso mucho más lejos, al sur. Procuraba aferrarme a aquella perspectiva y no dejarme hundir definitivamente. Había que mantenerse a flote, en plancha, tener todavía un poco de paciencia. Si me había presentado en la agencia Taylor era por un último reflejo de supervivencia. Si no, no habría tenido el valor de salir de mi habitación, ni de la cama. Seguía teniendo en la memoria el cartel que colgaba de la pared de la agencia. Se habría llevado una buena sorpresa el señor pelirrojo de haberle dicho que a mí no me molestaba llevar un uniforme de niñera o, incluso, de enfermera. El uniforme me habría ayudado a recobrar el valor y la paciencia, como un corsé que te ayuda a andar derecha. De todos modos, no tenía elección. Hasta entonces había encontrado, con algo de suerte, dos puestos sucesivos de dependienta, en plan temporal, uno en los almacenes Les Trois Quartiers, y el otro en una perfumería de los Grandes Bulevares. Pero a lo mejor la agencia Taylor me estaba facilitando un empleo más estable. No me hacía ilusiones sobre mis posibilidades. Yo no era artista, como lo fue mi madre. Cuando yo estaba en Fossombronne-la-Forêt trabajaba en el Auberge Verte, en la Grand-Rue. Había muchos clientes en aquel hostal, a menudo gente que llegaba de París. Mi trabajo no era muy cansado. En el bar, en el comedor, a veces en recepción. En invierno encendía cada noche la lumbre de leña, en el cuartito estucado, cerca del bar, donde se podía leer los periódicos y jugar a las cartas. Estuve trabajando allí hasta los dieciséis años.

Dejó de llover cuando cogí el metro en la place Blanche. Me bajé en Porte-Maillot: me dominaba un

sentimiento de aprensión. Conocía aquel barrio. Me dije que debía de haber soñado con aquella primera visita a aquella gente. Y ahora estaba viviendo lo que había soñado: el metro, el tramo a pie hasta su domicilio, y por eso tenía la sensación de haber vivido ya ese momento. El boulevard Maurice-Barrès bordeaba el bosque de Boulogne, y, a medida que lo iba recorriendo, aumentaba cada vez más dicha sensación, y yo acababa por angustiarme. Pero ahora, en cambio, me preguntaba si no estaría soñando. Me pellizqué en el brazo, me di un bofetón en la frente con la palma de la mano para intentar despertarme. A veces sabía que me encontraba en un sueño, que me amenazaba algún peligro, pero no era demasiado grave, ya que podía despertarme de un momento a otro. Una noche, hasta me habían condenado a muerte —era en Inglaterra e iban a colgarme a la mañana siguiente—, me habían devuelto a la celda, pero yo estaba muy tranquila, les sonreía, sabía de sobra que iba a dejarlos por las buenas y despertarme en la habitación de la rue Coustou.

Había que pasar una verja y seguir por un camino de gravilla. Toqué el timbre en la puerta del 70, que tenía pinta de ser una mansión particular. Me abrió una mujer rubia y me dijo que era la señora Valadier. Parecía azorada al decir lo de «señora», como si semejante palabra no le correspondiera, sino que estuviera obligada a utilizarla en la vida corriente. Más tarde, cuando el tipo de la agencia Taylor me preguntó: «Entonces, ¿qué opina de los señores Valadier?», le contesté: «Hacen una buena pareja». Y pareció sorprendido con mi respuesta.

Tenían ambos en torno a los treinta y cinco. Él, alto y moreno, de voz muy suave y cierta elegancia; su mujer, una rubia cenicienta. Se sentaron los dos juntitos en el sofá, tan violentos como yo. Lo que me intrigó es que daban la impresión de estar acampados en el inmenso salón de la primera planta, donde —aparte del sofá y un sillón— no había ningún mueble. Ni ningún cuadro en las paredes blancas.

Aquella tarde dimos un corto paseo, la niña y yo, por los caminos que rodean el jardín de Acclimatation. Ella guardaba silencio, pero parecía confiada, como si no fuera la primera vez que caminábamos juntas. Y también yo tenía la impresión de conocerla bien y de haber andado ya por aquellas alamedas con ella.

Cuando regresamos a la casa quiso enseñarme su habitación, cuyas ventanas daban a los árboles del jardín de Acclimatation. Las *boiseries* y las dos vitrinas empotradas a ambos lados de la chimenea me hicieron pensar que aquella habitación había sido en otro tiempo un salón o un despacho, pero jamás la habitación de un niño. Tampoco su cama era una cama infantil, sino una cama muy ancha con largueros capitonés. Y en una de las vitrinas estaban expuestas algunas piezas de un juego de ajedrez de marfil. Seguramente la cama capitoné y las piezas de ajedrez estaban ya en la casa cuando llegaron los señores Valadier, entre otros objetos que se olvidaron o dejaron, por falta de tiempo para llevárselos, los inquilinos anteriores. La cría no me quitaba la vista de encima. A lo mejor quería saber qué opinaba de su habitación. Al final le dije: «Aquí tienes mucho sitio», y movió la cabeza sin gran convicción. Su madre se unió a nosotras. Me explicó que vivían en aquella casa hacía sólo unos meses, pero no me concretó dónde estaban antes. La pequeña iba a una escuela muy cerquita de allí, en la rue de la Ferme, y yo tendría que pasar a recogerla todas las tardes a las cuatro y media. Seguramente fue entonces cuando dije: «Sí, señora». Y automáticamente se le iluminó el rostro con una sonrisa irónica. «No me llame señora. Llámeme… Véra». Mostró una ligera duda, como si se hubiera inventado aquel nombre. Un rato antes, cuando me recibió, creí que era inglesa o estadounidense, pero, ahora me daba cuenta, tenía acento de París, ese acento del que dicen, en las novelas muy antiguas, que es el de los arrabales.

—Véra es un nombre muy bonito —le dije.

—¿Ah, sí?

Encendió la lámpara de la mesita de noche y me dijo:

—No hay suficiente luz en esta habitación.

La cría, tumbada en el parqué, al pie de una de las vitrinas, se apoyaba en los codos y hojeaba muy seria un cuaderno de clase.

—No es muy práctica —me subrayó—, habría que encontrarle un escritorio para que pudiera hacer los deberes.

Yo tenía la misma sensación que un rato antes cuando me recibieron en el salón: los Valadier estaban acampados en aquella casa. Debió de notar mi sorpresa, porque añadió:

—No sé si nos quedaremos mucho tiempo aquí. Además, a mi marido no le gustan demasiado los muebles…

Me sonreía, siempre con aquella sonrisa irónica. Me preguntó dónde vivía yo. Le expliqué que había encontrado una habitación en un antiguo hotel.

—Ah, sí… nosotros también hemos vivido mucho tiempo en hotel…

Quería saber en qué barrio.

—Cerca de la place Blanche.

—Pero si es el barrio de mi infancia —me dijo frunciendo levemente el ceño—. Yo he vivido en la rue de Douai.

Y en aquel momento se parecía tanto a esas estadounidenses rubias y frías, esas protagonistas de películas policiacas, que pensé que tenía la voz doblada —como en el cine— de tanto que me extrañaba oírla hablando en francés.

—Cuando regresaba a casa del instituto Jules-Ferry rodeaba la manzana y pasaba por la place Blanche.

Hacía mucho que no había vuelto por el barrio. Vivió años y años en Londres. Allí había conocido a su marido. La niña ya no nos hacía el menor caso. Seguía tumbada en el suelo y escribía en otro cuaderno, sin parar un instante, con aire absorto. «Está haciendo los deberes —me dijo—. Ya verá… con siete años tiene casi letra de adulta…». Había anochecido y, no obstante, apenas eran las cinco. El silencio a nuestro alrededor, el mismo que el que conocí en Fossombronne-la-Forêt, a aquella misma hora y a la misma edad que la pequeña. Creo que yo también, a esa edad, tenía letra de adulta. Me gané una regañina por no escribir ya con portaplumas, sino con bolígrafo. Por curiosidad miré con qué estaba escribiendo la niña: un bolígrafo. Seguramente en su escuela de la rue de la Ferme dejaban a los alumnos utilizar los bic cristal y de capuchones negros, rojos o verdes. ¿Sabría hacer ya las mayúsculas? En todo caso, creo que ya no enseñaban los trazos gruesos y los finos.

Me acompañaron hasta la planta principal. A la izquierda estaba abierta una puerta de dos hojas que daba acceso a una gran sala vacía, al fondo de la cual había un escritorio. El señor Valadier estaba sentado en la esquina del escritorio, al teléfono. Una araña difundía una luz viva. Hablaba en un idioma de extrañas consonancias que sólo podría haber entendido Moreau-Badmaev, a lo mejor el persa de las praderas. Sostenía un cigarro en la comisura de los labios. Me hizo un gesto con el brazo.

—Salude de mi parte al Moulin-Rouge —me susurró la señora Valadier mientras me clavaba una mirada triste, como si me envidiara por tener que regresar a aquel barrio.

—Adiós, señora.

Se me escapó así, pero ella me reprendió:

—No. Adiós, Véra.

Así que repetí: «Adiós, Véra». ¿Era su nombre de verdad o lo había elegido porque no le gustaba su verdadero nombre una tarde de depre en el patio del instituto Jules-Ferry?

Se dirigía hacia la puerta con paso airoso, el paso de las rubias frías y misteriosas.

—Acompaña a la señorita una parte del camino —instó a su hija—. Anda, sé buena.

La pequeña movió la cabeza y me lanzó una mirada de angustia.

—Cuando se hace de noche la suelo mandar a dar una vuelta a la manzana… La divierte… Le da la impresión de ser una persona mayor. La otra noche dijo incluso que le apetecía darse otra vuelta… Quiere entrenarse para no volver a tener miedo nunca más…

Del fondo de la sala me llegaba la suave voz del señor Valadier entre largos silencios, y en cada ocasión me preguntaba si habría cortado ya su conversación telefónica.

—Pronto dejarás de tenerle miedo a la oscuridad y no hará falta que te dejemos la luz encendida para que te duermas.

La señora Valadier abrió la puerta de entrada. Cuando vi que la cría se disponía a salir vestida simplemente con su falda y la camisa, dije:

—A lo mejor tendrías que ponerte un abrigo…

Pareció sorprendida y casi tranquilizada de que le diera aquel consejo, y se volvió hacia su madre.

—Sí, sí… ve a ponerte un abrigo.

Subió a toda prisa por la escalera. La señora Valadier no dejaba de mirarme fijamente con sus ojos claros.

—Se lo agradezco —me dijo—. Sabrá cuidarla bien… A veces estamos tan perdidos mi marido y yo…

Me dirigía siempre una mirada que me daba la impresión de que iba a echarse a llorar. Sin embargo, el rostro se le quedaba impasible, sin la menor lágrima en la comisura de los ojos.

*

Superamos la manzana. Dije a la niña:

—Ahora tendrías que volverte…

Pero ella quería acompañarme todavía un poco más. Le expliqué que tenía que coger el metro.

A medida que íbamos andando por aquella avenida, me parecía que ya había recorrido el mismo camino. Los árboles del bosque de Boulogne, el olor a hojas muertas y tierra mojada me recordaban a algo. Poco antes había tenido la misma sensación en la habitación de la niña. Aquello de lo que había querido olvidarme hasta entonces o, mejor, en lo que procuraba no pensar como quien se esfuerza en no mirar hacia atrás para evitar el vértigo, todo eso iba a resurgir poco a poco, y ahora estaba dispuesta a mirarlo de frente. Caminábamos por el camino que bordea el jardín de *Acclimatation,* y la cría se me cogió de la mano para cruzar la avenida en dirección a la porte Maillot.

—¿Vives lejos?

Me lo preguntó como si esperara que me la fuera a llevar a casa. Llegamos a la boca de metro. Sentí sin lugar a dudas que bastaba una palabra mía para que me siguiera y bajara conmigo por las escaleras y no volviera nunca más a casa de sus padres. La entendía perfectamente. Hasta me parecía que entraba en el orden de las cosas.

—Ahora me toca a mí acompañarte.

Pareció decepcionada ante la perspectiva de regresar a su casa. Le dije que la semana próxima la llevaría al metro. Íbamos recorriendo el camino en sentido contrario. Era dos o tres semanas después del día en que creí reconocer a mi madre en los pasillos de la estación de Châtelet. Me imaginaba que a aquellas horas estaría cruzando el patio del bloque de viviendas, en la otra punta de París, con su abrigo amarillo. En las escaleras se paraba en cada rellano. Cita fallida. Nunca se volverá a recuperar lo perdido. A lo mejor, dentro de veinte años, la cría, como yo, volvía a encontrarse con sus padres una tarde, a la hora punta, en esos mismos pasillos donde están indicados los transbordos.

Había luz en una de las puertas acristaladas de la planta principal, la de la sala donde el señor Valadier hablaba por teléfono hacía un rato. Llamé al timbre, pero no acudía a abrir nadie. La niña estaba muy tranquila, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de situación. Al cabo de un ratito, me dijo: «Se han marchado», y sonrió, encogiéndose de hombros. Yo ya estaba pensando en llevármela a casa para que pasara allí la noche, y ella seguramente me estaba adivinando el pensamiento. «Sí…, estoy segura de que se han marchado…». Quería advertirme de que ya no teníamos nada que hacer allí, pero por prurito de conciencia me acerqué a la puerta iluminada y miré a través del cristal. La sala estaba vacía. Llamé otra vez al timbre. Por fin vino alguien a abrir y, en el instante en que se entornaba la puerta, dejando salir un rayo de luz, la cara de la pequeña expresó una tremenda decepción. Era su padre. Llevaba un abrigo.

—¿Llevaban ahí mucho rato? —nos preguntó con cortesía e indiferencia—. ¿Quieren pasar?

Se dirigía a nosotras como si fuéramos una visita que acabara de llamar de improviso.

Se inclinó hacia la pequeña:

—Entonces, ¿te has dado un buen paseo?

Ella no contestó.

—Mi mujer se ha marchado a cenar a casa de unos amigos —me dijo—, y precisamente iba a reunirme con ella…

La pequeña dudaba en pasar. Me dirigió una última mirada al tiempo que me decía «Hasta mañana» con voz angustiada, como si no estuviera segura de que fuera a volver. El señor Valadier esbozó una vaga sonrisa. Luego se cerró la puerta tras ellos.

Yo estaba quieta al otro lado del bulevar, bajo los árboles. En el segundo piso se iluminó la ventana de la habitación de la cría. Al poco vi salir y echar a andar, con paso apresurado, al señor Valadier. Se subió a un coche negro. La niña debía de estar sola en la casa y dejaba la lámpara encendida para dormirse. Pensé que habíamos tenido suerte: un poco más tarde y no nos habría abierto nadie.

Un domingo, el de la semana en que empecé a cuidar a la cría —o el domingo siguiente—, volví a Vincennes. Preferí ir por allí más pronto que de costumbre, antes de que anocheciera. Esta vez me bajé al final de la línea, en la estación de Châteaude-Vincennes. Hacía sol ese domingo de otoño y, de nuevo, al pasar por delante del castillo, y, en el momento en que me metía por la rue du Quartier-de-Cavalerie, tuve la impresión de estar en una ciudad de provincias. Iba andando yo sola y oía tras el muro, al principio de la calle, un repiqueteo regular de cascos.

Entonces me puse a fantasear con lo que podría haber sido: tras años y años de ausencia, acababa de bajarme del tren en una estación pequeña, la de mi Tierra Natal. Ya no sé en qué libro descubrí la expresión «tierra natal». Esas dos palabras debían de corresponder a algo que me tocaba de cerca o me evocaba un recuerdo. A fin de cuentas, también yo en mi infancia había conocido una estación de pueblo, a la que llegué desde París, con aquella etiqueta en la que habían apuntado mi nombre y que llevaba colgando del cuello.

Me bastó con ver el bloque de viviendas al final de la calle para que se me disipara la fantasía. No había tierra natal, sino unas afueras donde no me esperaba nadie.

Pasé por la verja y llamé a la puerta de la portera. Ella asomó la cabeza por el resquicio. Creo que me reconoció, pese a que sólo hubiéramos hablado antes una vez. Era una mujer bastante joven, de pelo moreno muy corto. Llevaba una bata de lana rosa.

—Quería preguntarle una cosa respecto a la señora… Boré…

Dudé con el nombre y temía que no supiera ya de quién se trataba. Pero esta vez no necesitó consultar la lista de los inquilinos que estaba pegada en la puerta.

—¿La del cuarto A?

—Sí.

Yo recordaba perfectamente el número del piso. Desde que me lo sabía, solía imaginármela subiendo los escalones con paso cada vez más lento. Una noche hasta soñé que se caía por el hueco de la escalera y, al despertarme, no habría sido capaz de asegurar si se trataba de un suicidio o un accidente. O, incluso, si la había empujado yo.

—Usted ya vino el otro día, creo…

—Sí.

Me estaba sonriendo. Parecía que yo le inspiraba confianza.

—Sabe usted que ha vuelto a hacer de las suyas…

Lo dijo con indiferencia, como si ya no pudiera sorprenderla nada de lo que viniera de parte de la mujer del cuarto A.

—¿Es usted familia?

Me dio miedo contestar que sí. Y atraerme la antigua maldición, la vieja lepra.

—No. Qué va.

Me había librado a tiempo de un buen atolladero.

—Conozco a gente de su familia —le añadí—. Y me han enviado para saber de ella…

—¿Y qué quieren que les cuente yo? Es siempre lo mismo, ya sabe.

Se encogía de hombros.

—Ahora ya no quiere ni dirigirme la palabra. O busca la menor excusa para ponerme a parir.

Esta última expresión me resultó perfectamente atenta y anodina. Después de todos los años transcurridos vi reaparecer, como resurgiendo de las profundidades, la cara retorcida, los ojos dilatados y casi la baba en los labios. Y la voz desgañitándose, y la retahíla de insultos. Un extraño no se hubiera

imaginado nunca aquel cambio brusco en un rostro tan hermoso. Sentí que el miedo volvía a apoderarse de mí.

—¿Venía a verla?

—No.

—Debería avisar a los de su familia. Ya no paga el alquiler.

Aquellas palabras y a lo mejor también el barrio en que cada tarde iba a buscar a la cría me hicieron pensar en un piso, cerca del bosque de Boulogne, del que, muy a mi pesar, seguía acordándome: la habitación enorme con los tres escalones forrados de felpa, el cuadro de Tola Soungouroff, mi cuarto aún más vacío que el de la cría… En aquella época, ¿cómo hacía para pagar el alquiler?

—Será difícil echarla a la calle. Además, es muy conocida en el barrio… Hasta le han puesto un mote…

—¿Cuál?

Me moría de ganas de saberlo. ¿Y sí era el mismo que el que le habían puesto hacía veinte años?

—La llaman «Engañalamuerte».

Lo dijo amablemente, como si se tratara de un mote afectuoso.

—A veces da la impresión de que va a dejarse morir, y luego, al día siguiente, está estupenda y tan simpática, o te suelta una grosería.

Para mí, aquel mote adquiría un sentido muy distinto. Yo creía que había muerto en Marruecos y ahora me enteraba de su resurrección en un lugar de las afueras.

—¿Hace mucho que vive aquí? —le pregunté.

—¡Sí, claro! Llegó mucho antes que yo… Debe hacer más de seis años…

Así que ella estaba viviendo en aquel edificio mientras yo seguía en Fossombronne-la-Forêt. Me acordaba de un terreno abandonado, no lejos de la iglesia, donde habían prosperado la hierba y los matojos. El jueves por la tarde nos entreteníamos escondiéndonos o sumergiéndonos lo más lejos posible en aquella jungla que se llamaba el «Prado del Boche». Habían encontrado allí un casco y una guerrera medio podrida que debió de abandonar algún soldado al final de la guerra, pero siempre teníamos miedo de descubrir su esqueleto. Yo no entendía qué quería decir la palabra *boche*. Frédérique, la mujer que conocía a mi madre y me recogió en su casa, no estaba el día en que pregunté a su amiga, la morena con cara de boxeador, qué quería decir *boche*. A lo mejor se creyó que me daba miedo aquella palabra y pretendía tranquilizarme. Me sonrió y me dijo que así es como llamaban a los alemanes, pero que no era algo tan malo. «A tu madre también la llamaban "la Boche"… Era de broma…». A Frédérique no le hizo ninguna gracia que la morena me revelara aquello, pero no me dio la menor explicación. Ella era amiga de mi madre. Debieron de conocerse en la época en que mi madre era «bailarina». Se llamaba Frédérique Chatillon. En la casa de Fossombronne-la-Forêt siempre había amigas suyas, hasta cuando no estaba: Rose-Marie, Jeannette, Madeleine-Louis, otras de cuyos nombres me he olvidado y la morena, que también conoció a mi madre cuando era «bailarina» y que no le tenía aprecio.

—¿Vive sola? —pregunté a la portera.

—Durante mucho tiempo venía a verla un hombre… Trabajaba en los caballos, por aquí… Un señor que tenía un tipo norteafricano.

—¿Y ya no viene?

—Últimamente, no.

Empezaba a mirarme con cierta desconfianza debido a mis preguntas. Tentada estuve de contárselo todo. Mi madre llegó a París de pequeña. Hizo ballet. La llamaban la Boche. A mí me llamaron Joyita. Era demasiado largo y complicado de contar allí en medio, en aquel patio.

—El problema es que me debe doscientos francos…

Yo siempre llevaba dinero encima, en un bolsito de lona atado con un cordón a la cintura. Hurgué en el bolso. Me quedaba un billete de cien francos, un billete de cincuenta y algo suelto. Le di los dos billetes, diciéndole que volvería para traerle el resto.

—Muchas gracias.

Se los metió con rapidez en uno de los bolsillos de la bata.

Su desconfianza se esfumó de inmediato. Podría haberle preguntado cualquier cosa sobre Engañalamuerte.

—En cuanto al alquiler… Ya le explicaré cuando vuelva usted por aquí.

Yo no tenía ninguna intención de volver. ¿De qué más me iba a enterar? ¿Y para qué?

—Le han cortado varias veces la luz. Y cada vez me digo que mejor para ella. Porque gasta una manta eléctrica… Es peligroso…

Me la imaginé enchufando el cable de la manta a una toma de corriente. Siempre le habían gustado ese tipo de accesorios que durante cierto tiempo parecen muy modernos y luego caen en desuso o terminan por convertirse en objetos sin interés. Recordé que en aquella época, más afortunada para ella, cuando vivíamos en el piso grande, cerca del bosque de Boulogne, alguien le había traído una caja forrada de cuero verde con la que podía oírse la radio. Más tarde comprendí que era el primer aparato transistor.

—Debería usted aconsejarle que no vuelva a utilizar una manta eléctrica.

Pero no, la cosa no era tan sencilla. ¿Acaso había sido capaz de prestar atención a un buen consejo alguna vez en su vida? Y, en todo caso, era demasiado tarde.

—¿No sabe cómo se llama el hombre que venía a verla?

Conservaba una carta suya, que había enviado hacía tres meses para pagar el alquiler. Por el resquicio de la puerta la vi hurgando entre papeles en una caja grande.

—No la encuentro… De todos modos, creo que este señor ya no volverá…

Seguramente era a él al que llamaba por teléfono al caer la tarde, desde la cabina. Al cabo de doce años le quedaba todavía, milagrosamente, alguien con quien contar. Pero también a él había terminado por desencantarlo. Ya en la época en que yo me llamaba Joyita, a veces le daba por permanecer días enteros encerrada en su habitación, apartada del mundo, sin ver a nadie, ni a mí, y al cabo de cierto tiempo yo ya no sabía si seguía allí o me había abandonado en aquel piso inmenso.

—¿Y su casa, cómo es? —le pregunté.

—Dos cuartitos y una cocina con una ducha.

Había grandes posibilidades de que el colchón estuviera puesto directamente en el suelo, junto a la toma de corriente. Así era más sencillo enchufar el cable de la manta eléctrica.

—Debería usted subir… Se llevaría una sorpresa de tener una visita…

Si nos volviéramos a encontrar cara a cara, no sabría siquiera quién era yo. Se había olvidado de Joyita y de todas las esperanzas que había depositado en mí en la época en que me puso ese nombre. Desgraciadamente para ella, no me había convertido en una gran artista.

—¿Puede hacerme un favor?

Se puso a hurgar en la caja grande y me tendió un sobre.

—Es una notificación por el alquiler. No me atrevo a dársela, no sea que se ponga a insultarme otra vez.

Cogí el sobre y atravesé el patio. En el momento de pasar por el porche de la escalera A sentí un peso cerca del corazón que me cortaba la respiración. Era una escalera de peldaños de cemento y barandilla de hierro como aún se encuentran en las escuelas o los hospitales. En cada rellano, una cristalera grande difundía una luz clara, casi blanca. Me paré en el primer rellano. Una puerta a cada lado y otra en medio, de la misma madera oscura, con los nombres de los inquilinos. Yo trataba de recobrar el aliento, pero el peso era cada vez más intenso y tuve miedo de ahogarme. Entonces, para calmarme, me puse a imaginar cuál podría ser el nombre que figurara en su puerta. ¿El verdadero o el nombre artístico que tuvo? O sencillamente LA BOCHE o ENGAÑALAMUERTE. Cuando yo me llamaba Joyita y regresaba sola a la casa, cerca del bosque de Boulogne, me quedaba un rato largo en el ascensor. Estaba protegido por una verja negra, y para pasar adentro había que empujar dos hojas acristaladas. En el interior había un banco de cuero rojo, cristales a cada lado, un globo luminoso en el techo. Como si fuera una habitación. Del ascensor es de lo que me acuerdo con más detalle.

En el segundo rellano volví a sentir aquel peso que me ahogaba. Entonces traté de recordar la otra escalera con su alfombra roja muy gruesa y los pasamanos de cobre. Sólo una puerta grande de dos hojas en cada rellano. Blanca.

Me dio un ataque de vértigo. Me alejaba todo lo posible de la barandilla, casi me pegaba a la pared. Pero estaba decidida a subir hasta el final. De nuevo oía a la señora Valadier —o, más bien, Véra— diciéndome a propósito de la niña: «Ella solita se da una vuelta a la manzana, de noche… Quiere entrenarse para no volver a tener miedo nunca más…». Bueno, pues lo mío era parecido. Seguiría subiendo, iría hasta la puerta de Engañalamuerte y llamaría con timbrazos breves hasta que me abriera. Y en el momento en que se abriera la puerta, entonces, recobraría toda la calma y le diría con indiferencia: «No debería usar una manta eléctrica… Es una solemne estupidez…». Y observaría con mirada fría cómo se le iba deformando la cara, cómo se le iba poniendo pálida de rabia. Me acordaba de que no le hacía mucha gracia que le vinieran con detalles prosaicos. Pero eso era en la época del piso grande, cuando quería hacerse la misteriosa.

Llegué al cuarto. También allí había tres puertas, pero tenían la pintura desconchada, como la

pintura de las paredes, de un beige sucio. Una bombilla encendida colgaba del techo. En la puerta de la izquierda estaba pegada con *cello* una hoja de papel cuadriculado, y en ella ponía, con letra grande y desordenada, en tinta negra: BORÉ.

Yo estaba delante de la puerta, sin llamar. A menudo, cuando regresaba sola al piso grande de cerca del bosque de Boulogne y llamaba, no me abría nadie. Entonces bajaba por la escalera y me iba a un café, un poco más allá, en la avenida, a telefonear. El dueño me miraba con amabilidad, igual que los clientes. Daba la impresión de que sabían quién era yo. Se habrían informado. Un día, uno de ellos dijo: «Es la niña del 129». Yo no tenía dinero y no me hacían pagar la llamada. Entraba en la cabina telefónica. El aparato, fijo en la pared, estaba demasiado alto para mí y tenía que ponerme de puntillas y estirarme para marcar el número: PASSY 13 89. Pero en casa de la condesa Sonia
O'Dauyé
no contestaba nadie. Un breve instante tuve la tentación de tocar el timbre. Estaba casi segura de que vendría a abrir. Para empezar, el apartamento era demasiado pequeño para que el sonido del timbre se perdiera en la lejanía, como en la hilera de habitaciones de PASSY 13 89. Y, luego, las visitas eran más bien raras y ella estaba al acecho del menor acontecimiento que pudiera romper su soledad. O a lo mejor todavía esperaba la visita de ese hombre que ya no venía desde hacía cierto tiempo —el señor de tipo norteafricano… Pero quizá, al cabo de doce años, se le habían agravado aquellos accesos de hurañía que le daban a ratos y la hacían encerrarse en su cuarto o desaparecer durante varios días.

Dejé el sobre encima del felpudo. Y bajé las escaleras a toda velocidad, y en cada rellano me iba sintiendo más ligera, como si me hubiera librado de un peligro. Ya en el patio me extrañaba ser capaz de respirar. Qué alivio pisar un suelo duro, andar por una acera tranquilizadora… Un momento antes, delante de la puerta, habría bastado un gesto, un paso, para hundirme en el atolladero.

*

Me quedaba suficiente suelto para coger el metro. Dentro del vagón, me dejé caer en el asiento. Tras la euforia que sentía al alejarme del edificio me sobrevino una sensación de extrema fatiga y abatimiento. De nada me valía procurar convencerme, decirme que aquella mujer a la que llamaban Engañalamuerte ya no tenía nada que ver conmigo y ni siquiera me reconocería si nos encontrábamos frente a frente: no conseguía ahuyentar el agobio. Dejé pasar Nation, donde tenía que haber cambiado de línea, y, como volvía a sentir aquella dificultad de respirar, salí al aire libre.

Estaba ante la estación de Lyon. Ya era de noche y las agujas del gran reloj señalaban las cinco. Me hubiera gustado coger un tren y llegar muy temprano al Midi al día siguiente. No me bastaba con haber huido de aquella casa sin tocar el timbre de la puerta. Debía irme de París lo antes posible. Desgraciadamente ya no tenía dinero para un billete de tren. Había dado a la portera todo lo que me quedaba en el bolso. Qué ocurrencia más peregrina, decidirme a pagarle las deudas a Engañalamuerte… Pero me acordaba de que en el piso grande de cerca del bosque de Boulogne yo era la única a la que llamaba cuando se sentía mal. Tras sus ausencias de varios días reaparecía con la cara hinchada, la mirada extraviada. Siempre era a la misma hora. A las cinco de la tarde. Y en el mismo sitio. En el salón, en los tres peldaños forrados de felpa y que formaban una especie de estrado donde ella había dispuesto unos cojines. Se tapaba la cara con las manos. Y cuando me oía acudir, siempre me decía la misma frase: «Masajéame los tobillos». Y durante unos instantes me creía que aún estaba en el piso grande. Todo iba a volver a empezar.

No me sentía con ánimos para bajar al metro. Prefería regresar a pie. Pero estaba tan absorta en mis pensamientos que iba andando al tuntún. Pronto me percaté de que estaba dando vueltas por las escasas calles de bloques macizos que se cruzan un poco más allá de la estación. Luego, al final de una de ellas, me encontraba en el boulevard Diderot, desde donde se ve el ir y venir de los viajeros alrededor de la estación y los letreros luminosos: Café Européen.

Hôtel Terminus. Me dije que tendría que haber alquilado una habitación en aquel barrio. Vivir cerca de una estación te cambia completamente la vida. Tienes la impresión de estar de paso. Nada es definitivo jamás. Un día u otro te subes a un tren. Son barrios abiertos al porvenir. Sin embargo, la esfera del gran reloj me sugería algo muy lejano. Creo que en aquella esfera aprendí a leer la hora en la época en que me llamaba Joyita. Entonces ya cogía el metro. La línea era directa de Porte-Maillot a Gare-de-Lyon. Catorce estaciones que yo iba contando según avanzábamos para no equivocarme. Y me

bajaba en Gare-de-Lyon, como acababa de hacer ahora. Cuando llegaba arriba del todo de las escaleras comprobaba en la esfera del gran reloj que no iba tarde. Él me esperaba delante de la boca de metro. O, en ocasiones, en la terraza del Café Européen. Era mi tío, el hermano o el hermanastro de mi madre. En todo caso, así me lo había presentado ella. Y al teléfono yo la oía decir a menudo: «De eso se encargará mi hermano… Le enviaré a mi hermano…». Durante las ausencias de mi madre, a veces se encargaba de mí. Se quedaba a dormir en el piso. Me llevaba por la mañana a la escuela. Pronto empecé a ir solita y cada vez menos… Los jueves y domingos cogía el metro hasta la estación de Lyon para reunirme con él. Al principio venía a buscarme por la mañana al piso. Pero mi madre le dijo que no valía la pena que se molestara por mí y que yo podía coger el metro solita… Creo que no se atrevía a contrariarla, pero a menudo, sin decírselo, me esperaba al pie de la casa.

Era la primera vez desde hacía mucho que andaba por aquel barrio. ¿Seguiría viviendo él por allí? Dejábamos la estación de Lyon detrás de nosotros, luego tirábamos a la izquierda y seguíamos por una de las callejuelas de hace un rato. E íbamos a dar a una avenida bordeada de árboles. Y allí entrábamos en un garaje que siempre estaba vacío. Subíamos por una escalera hasta la puerta de un piso. Cruzábamos un vestíbulo que daba a una sala en cuyo centro había una mesa de comedor. Él no se apellidaba igual que mi madre, pese a que —supuestamente— eran hermanos. Se llamaba Jean Bori. Su foto estaba en la caja de galletas y lo reconocí enseguida. Detrás de la foto estaba escrito su nombre a lápiz.

Seguía sintiendo la opresión de aquel peso. Me hubiera gustado pensar en otra cosa. Sin embargo, ese Jean Bori había sido bueno conmigo. Él no era un mal recuerdo como mi madre. Llegué a la avenue Daumesnil y resulta que se parecía a la avenida del garaje. Iba caminando, mirando a ambos lados, a ver si localizaba un garaje. Habría preguntado por «el señor Jean Bori». Tal como lo recordaba en mi memoria, estaba convencida de que me habría atendido muy bien, como antes. A lo mejor no me habría reconocido. No, tenía que acordarse de mí. ¿Seguro que era mi tío? En cualquier caso, era la única persona que podría haber contestado a mis preguntas. Desgraciadamente, por más que miraba las fachadas de los edificios a derecha e izquierda de la avenida, no reconocía nada. Ni sombra de garaje. No me sonaba nada. Una tarde, en aquel mismo barrio, cerca de la estación de Lyon, me llevó al cine. Yo era la primera vez que iba. La sala me pareció enorme y echaban *El cruce de los arqueros*, la película en la que poco antes yo había interpretado un papelito junto a mi madre. No me reconocí en la pantalla y, encima, cuando me oí la voz, creí que Joyita era una niña distinta de mí.

Sí, hacía mal en pensar en todo aquello, hasta en Jean Bori. No era culpa suya, pero también formaba parte de ese periodo de mi vida. Ese domingo no tenía que haber subido las escaleras hasta la puerta de la que en su día fue la Boche y hoy Engañalamuerte. Ahora iba andando al tuntún y esperaba ir a parar pronto a la place de la Bastille, donde cogería el metro. Intentaba tranquilizarme. En cuestión de poco tiempo, en cuanto llegara a mi habitación, iría a llamar por teléfono a Moreau-Badmaev. Siendo domingo por la tarde, seguramente estaría en casa. Le invitaría a cenar conmigo al café de la place Blanche. Se lo explicaría todo, le hablaría de mi madre, de Jean Bori, del piso de cerca del bosque de Boulogne y de la niña a la que llamaban Joyita. Yo seguía siendo la misma, como si hubieran conservado a Joyita, intacta, en un glaciar. Con el mismo pánico apoderándose de mí en la calle y que me despertaba con un sobresalto sobre las cinco de la madrugada. Sin embargo, había conocido periodos de calma en que acababa por olvidarme de todo. Pero ahora que creía que mi madre no estaba muerta, ya no sabía qué camino coger. En la placa azul leí: avenue Ledru-Rollin. Se cruzaba con una calle al fondo de la cual vi de nuevo la mole de la estación de Lyon y la esfera luminosa del reloj. Había estado caminando en círculo y había regresado al punto de partida. La estación era un imán y me atraía, y eso era una señal del destino. Tenía que subirme a un tren, enseguida, y QUEMAR LAS NAVES. Se me metieron de golpe en la cabeza estas palabras y ya no podía librarme de ellas. Aún me infundían algo de valor. Sí, había llegado la hora de QUEMAR LAS NAVES. Pero, en lugar de dirigirme hacia la estación, continué por la avenue Ledru-Rollin. Antes de quemar las naves tenía que ir hasta el final, sin saber muy bien qué quería decir «hasta el final». No había ningún transeúnte, era natural, un domingo por la tarde, pero, a medida que yo avanzaba, la avenida se iba oscureciendo cada vez más, como si esa tarde me hubiera puesto gafas de sol. Me pregunté si no estaría perdiendo vista. Un poco más allá, en la acera de la izquierda, el letrero luminoso de una farmacia. Yo no le quitaba los ojos de encima por miedo a encontrarme de nuevo en la oscuridad. Mientras brillaba con su luz verde, yo seguía siendo capaz de guiarme. Esperaba que permaneciera encendida hasta llegar a su altura. Una farmacia de guardia, aquel domingo, en la avenue Ledru-Rollin. Todo estaba tan oscuro que perdí la noción del tiempo, y me decía para mí que estábamos en plena noche. Al otro lado del cristal, detrás del mostrador,

estaba sentada una mujer morena. Llevaba una bata blanca y un moño muy estricto que contrastaba con la dulzura de su rostro. Estaba poniendo orden en una pila de papeles y, de vez en cuando, anotaba algo con un bic de capuchón verde. Acabaría por darse cuenta de que la estaba mirando, pero era más fuerte que yo. Su semblante era tan distinto del de Engañalamuerte, tal como lo vi en el metro o me lo imaginé tras la puerta del cuarto piso… Era imposible que aquella cara se le deformara de rabia y que se le torciera la boca para soltar una retahíla de insultos… Era tan apacible, tan graciosa bajo aquella luz tranquilizadora, una luz cálida como la que yo había conocido al atardecer en Fossombronne-la-Forêt… ¿De verdad había conocido aquella luz? Empujé la puerta de cristal. Un leve timbre, cristalino. Alzó la cabeza. Avancé hacia ella, pero sin saber qué decirle.

—¿Se siente mal?

Pero no era capaz de pronunciar ni palabra. Y el mismo peso, que seguía ahogándome. Se me acercó.

—Está usted palidísima…

Me cogió de la mano. Yo debía de asustarla. Y, sin embargo, sentía la presión de su mano en la mía.

—Siéntese ahí…

Me arrastró, pasado el mostrador, hasta una trastienda donde había un viejo sillón de cuero. Yo estaba sentada en el sillón y ella me ponía la mano en la frente.

—No tiene fiebre… Pero tiene las manos heladas… ¿Cuál es el problema?

Hacía años que yo no le contaba nada a nadie. Me lo había guardado todo para mí.

—Sería demasiado complicado de explicarle —contesté.

—¿Por qué? Nada es complicado…

Rompí a llorar. No me había ocurrido desde la muerte del perro. Y había que remontarse a doce años, como mínimo.

—¿Ha sufrido un choque, recientemente? —me preguntó en voz baja.

—He vuelto a ver a una persona a la que creía muerta.

—¿Una persona muy próxima a usted?

—Todo esto no tiene mayor importancia —afirmé esforzándome en sonreír—. Es el cansancio…

Se incorporó. Yo la oía por ahí, en la farmacia, abriendo y cerrando un cajón. Seguía sentada en el sillón y no me acuciaba la necesidad de marcharme de aquel sitio.

Regresó a la trastienda. Se quitó la bata blanca y llevaba una falda y un jersey gris oscuro. Me acercó un vaso de agua en cuyo fondo iba deshaciéndose una tableta de color rojo formando burbujitas. Se sentó muy junto a mí, en uno de los brazos del sillón.

—Espere a que se deshaga.

Yo no era capaz de apartar la vista de aquella agua roja que chisporroteaba. Era fosforescente.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Algo que le vendrá bien.

Me cogió la mano otra vez.

—¿Siempre tiene las manos tan frías?

Y su manera de decir «frías», insistiendo en esa palabra, me recordó de golpe el título de un libro del que Frédérique me leía algunas páginas por la noche, en Fossombronne, cuando estaba en la cama: *Los hijos del frío.*

Me bebí de un solo trago el contenido del vaso. Tenía un sabor amargo. Pero en mi infancia me había tocado probar brebajes mucho más amargos.

Fue a buscar un taburete a la farmacia y me lo colocó para que apoyara las piernas.

—Relájese. Creo que no tiene usted sentido del confort.

Me ayudaba a quitarme el impermeable. Luego me bajaba la cremallera de las botas y me las sacaba suavemente. Volvía a sentarse en uno de los brazos del sillón y me tomaba el pulso. Yo experimentaba una impresión de seguridad al contacto con su mano, que me apretaba la muñeca. A lo mejor me quedaba dormida, y esa perspectiva me transmitía una sensación de bienestar, la misma que tuve cuando las monjitas me durmieron haciéndome respirar éter. Fue justo antes de cuando vivía con mí madre en el piso grande de cerca del bosque de Boulogne. Estaba interna en una escuela y ya no sé por qué estaba esperando aquel día en la calle. No venía a buscarme nadie. Entonces crucé la calle y me atropelló una camioneta. Me lesioné el tobillo. Me hicieron tumbarme en la camioneta, bajo la cubierta de lona, y me trasladaron a una casa, no lejos de allí. Acabé en una cama. Me rodeaban unas monjitas y una de ellas se inclinó hacia mí. Llevaba una cofia blanca y me hizo respirar éter.

—¿Vive en el barrio?

Le dije que vivía por la place de Clichy y que me disponía a regresar a casa con el metro cuando me

sentí indispuesta. Estaba a punto de contarle mi visita en Vincennes al edificio de Engañalamuerte, pero para hacérselo entender tenía que remontarme muy atrás en el tiempo, quizás hasta esa tarde en que estoy esperando a la salida de la escuela, una escuela que me encantaría saber dónde estaba exactamente. Pronto todo el mundo se vuelve a su casa, la acera se queda vacía, la puerta de la escuela está cerrada. Sigo esperando y no viene a buscarme nadie. Gracias al éter dejé de sentir dolor en el tobillo y me quedé dormida. Uno o dos años más tarde, en uno de los cuartos de baño del piso, cerca del bosque de Boulogne, me encontré un frasco de éter. Me fascinaba su color azul oscuro. Cada vez que mi madre pasaba por momentos de crisis en los que no quería ver a nadie y me pedía que le llevara una bandeja a la habitación o le masajeara los tobillos, entonces yo respiraba del frasco para infundirme valor. La verdad es que era demasiado largo de explicar. Prefería quedarme allí, en silencio, con las piernas estiradas.

—¿Se siente mejor?

Nunca en la vida me había encontrado a nadie con tanta dulzura y firmeza a la vez. Debería contárselo todo. ¿Seguro que mi madre se había muerto en Marruecos? Me había asaltado la duda a fuerza de hurgar en la caja de galletas. Lo que me había indispuesto eran las fotos. Y, en especial, la que mi madre quiso que me hicieran en el estudio, cerca de los Campos Elíseos. Se lo pidió al fotógrafo con el que acababa de hacer una sesión de poses. Me acordaba perfectamente de aquella tarde. Yo estaba presente desde el principio. Y reconocía en la foto el vestuario y los detalles que me habían marcado, yo diría, CON HIERRO CANDENTE. El amplio vestido de tul de mi madre ceñido a la cintura, el cuerpo de terciopelo muy ajustado y el velo que, bajo aquella iluminación blanca, le daba un aire de falsa hada. Y yo, en mi vestido, no era sino una falsa niña prodigio, un pobre animalillo de circo. Un caniche. Después de todos aquellos años, mirando las fotos, comprendí que si se empeñaba en empujarme a la pista era para hacerse la ilusión de que podía volver a empezar desde cero. Ella había fracasado, pero yo tenía que convertirme en una ESTRELLA. ¿Seguro que se había muerto? Seguía planeando la amenaza. Pero ahora tenía la suerte de estar en compañía de una persona a quien explicárselo todo. No necesitaba hablar. Le enseñaría las fotos.

Me levanté del sillón. Era el momento de empezar a hablar, pero ya no sabía por dónde.

—¿Está segura de que aguantará de pie?

Se mantenían impertérritas, aquella mirada atenta, aquella voz sosegada. Salimos de la trastienda y pasamos a la farmacia.

—Debería usted ver a un médico. Tal vez tenga un poco de anemia.

Me miraba fijamente a los ojos con su sonrisa.

—El médico le recetará unas inyecciones de vitamina B_{12} … Pero no se las doy ahora mismo… Vendrá usted otra vez a verme…

Yo permanecía allí, de pie, frente a ella. Intentaba retrasar el momento de salir de la farmacia y volver a encontrarme sola.

—¿Cómo piensa ir a casa?

—En metro.

A esa hora había mucha gente en el metro. Regresaban a casa tras una sesión de cine o un paseo por los Grandes Bulevares. Ya no me sentía con ánimos para hacer el trayecto en metro hasta mi habitación. Esta vez tenía miedo de perderme definitivamente. Y, además, había otra cosa: si me tocaba cambiar de línea en Châtelet, no quería correr el riesgo de toparme otra vez con el abrigo amarillo. Iba a repetirse todo, en los mismos sitios, a las mismas horas, hasta el final. Estaba atrapada en el viejo engranaje.

—La acompañaré yo.

Me estaba salvando la vida, por los pelos.

Apagó las luces de la farmacia y cerró la puerta con llave. El letrero seguía brillando. Íbamos andando una al lado de otra, y estaba tan poco acostumbrada a algo así que no terminaba de creérmelo y temía despertarme en mi cuarto, de un momento a otro. Hundió las manos en los bolsillos de su abrigo de pieles. Me daban ganas de cogerla del brazo. Era más alta que yo.

—¿En qué piensa? —me preguntó.

Y me cogió ella del brazo.

Llegamos al cruce por donde acababa de pasar hacía un rato y seguimos entonces por la calle al fondo de la cual podía ver la estación de Lyon y el reloj.

—Pienso que es usted demasiado buena y que le estoy haciendo perder el tiempo.

Volvió la cara hacia mí. El cuello del abrigo de pieles le rozó la mejilla.

—Qué va, no me hace perder el tiempo.

Dudó un instante antes de decirme:

—Me he preguntado si tenía usted padres.

Le contesté que tenía todavía una madre que vivía en las afueras.

—¿Y su padre?

¿Mi padre? Él también debía de estar, a lo mejor, en algún sitio de las afueras, o en París, o muy lejos en el ancho mundo. O muerto hace mucho.

—Soy hija de padre desconocido.

Y adopté un tono displicente por miedo a incomodarla. Y, además, yo no estaba acostumbrada a las confidencias.

Ella permanecía callada. La había chocado con tantas cosas tristes y grises. Yo buscaba un detalle más alegre, un toque amable.

—Pero, por suerte, me crié con un tío que me tenía cariño.

Y no era del todo mentira. Durante uno o dos años, ese Jean Bori se había ocupado de mí, cada jueves. Una vez me llevó, no lejos de casa, a la Feria de la place du Tróne. ¿Mi tío? A lo mejor resulta que era mi padre. Mi madre jugaba al despiste y adornaba tan bien la verdad, en la época del piso de cerca del bosque de Boulogne… Un día me dijo que «no le gustaban las cosas vulgares» sin que yo entendiera a qué se refería. En la época en que vivíamos en el piso grande, ya no se llamaba Suzanne Cardères. Era la condesa Sonia
O'Dauyé
.

—No quiero aburrirla con las historias de mi familia.

Ella seguía cogiéndome del brazo. Llegamos a la estación de Lyon, cerca de la boca de metro. Bueno, se acabó. Me dejaría junto a las escaleras.

—La llevo en taxi.

Me llevaba hacia la estación. Yo estaba tan sorprendida que no sabía cómo agradecérselo. Junto a la acera había una hilera de taxis. El taxista estaba esperando a que le indicáramos la dirección. Al final dije:

—A place Blanche.

La farmacéutica me preguntó si hacía mucho que vivía en ese barrio. No, unos meses. Una habitación en una callecita. Un antiguo hotel. El alquiler no era demasiado caro. Y, luego, encontré trabajo… El taxi recorría los muelles y las calles desiertas de los domingos por la tarde.

—¿Tendrá usted amigos?

En Les Trois Quartiers una colega, Muriel, me había presentado a un grupito de gente con la que salía los sábados por la noche. Durante cierto tiempo formé parte de su pandilla. Iban al restaurante y alternaban mucho en las discotecas. Dependientas, tipos que empezaban a trabajar en la Bolsa, en joyerías o concesionarios de autos. Jefes de sección en grandes almacenes. Uno de ellos me parecía más interesante que los demás y salí sola con él. Me invitó al restaurante y al Studio 28, un cine de Montmartre, a ver viejas películas americanas. Una noche, a la salida del cine, me llevó a un hotel, cerca de la place du Châtelet, y me dejé hacer. De toda esa gente y todas esas salidas, apenas conservaba un vago recuerdo. No habían contado para mí. No me acordaba siquiera del nombre del tipo. Sólo me quedé con su apellido: Wurlitzer.

—Ya no tengo muchos amigos —le respondí.

—No debe quedarse así, sola… Si no, llegará un momento en que no podrá combatir las ideas negras…

Volvía la cara hacia mí y me miraba con una sonrisa que tenía algo de malicia. No me atrevía a preguntarle la edad. Lo mismo tenía diez o quince años más que yo, la misma edad que mi madre en la época del piso grande y las dos fotos, la suya y la mía. Qué ocurrencia tan peregrina, la verdad, irse a morir a Marruecos. «No era mala mujer —me dijo Frédérique una noche hablando de mi madre—. Sencillamente no tuvo suerte…». Vino a París de muy pequeña para hacer ballet clásico en la escuela de la Ópera. Era lo único que le interesaba. Luego tuvo un percance «en los tobillos» y no le quedó más remedio que dejar la danza. A los veinte años era bailarina, pero en revistas oscuras, en el Ferrari, el Préludes, el Moulin-Bleu, todos esos nombres que había oído, durante sus conversaciones, en boca de la morena que no apreciaba a mi madre y que también trabajó en esos sitios. «Ves —me dijo Frédérique—, por culpa de los tobillos era como un caballo de carreras que se ha lesionado y se llevan al matadero».

La farmacéutica se inclinó hacia mí y me dijo: «Procure ahuyentar las ideas negativas. Cierre los ojos y piense en cosas agradables». Habíamos llegado a la rue de Rivoli, antes del Louvre, y el taxi esperaba en un semáforo rojo, aunque no había peatones ni otros coches. A la derecha, el letrero luminoso de un club de jazz, perdido en las fachadas negras de los edificios. Pero, como tenía varias letras fundidas, ya no se podía leer el nombre del club. Yo había coincidido allí, un domingo por la noche, con los otros en una cava donde tocaba una vieja orquesta. Si no hubiéramos ido aquella noche, creo que no habrían tocado para nadie. Sobre las doce, cuando salí de la cava en compañía de aquel tipo que se llamaba Wurlitzer, creo que sentí toda mi soledad. La rue de Rivoli desierta, el frío de enero… Me propuso ir con él a un hotel. Yo ya lo conocía, el hotel, con su escalera empinada y su olor a moho. Pensé que era el estilo de hotel donde debía de ir a parar mi madre a la misma edad que yo, los mismos domingos por la noche, cuando se llamaba Suzanne Cardéres. Y yo no entendía por qué tenía que volver a empezar todo otra vez. Así que me escapé. Iba corriendo por los soportales.

*

Le pedí al taxista que se parara en el boulevard de Clichy, en la esquina de la calle. Era el momento de decirnos adiós. Le dije a la farmacéutica:

—Gracias por acompañarme.

Buscaba cualquier pretexto para retenerla. Después de todo, no era tan tarde. Podíamos cenar juntas en el café de la place Blanche. Pero fue ella la que tomó la iniciativa:

—Me gustaría mucho ver el sitio donde vive.

Salimos del taxi y, en el momento de meternos por la calle, me invadió una curiosa sensación de ligereza. Era la primera vez que recorría aquel camino en compañía de alguien. De noche, cuando regresaba sola y llegaba a la esquina de esa rue Coustou, tenía de repente la impresión de dejar el presente y caer en una zona en que el tiempo se hubiera detenido. Y me aterraba la idea de no poder volver a cruzar la frontera en sentido contrario para encontrarme de nuevo en la place Blanche, que era donde la vida continuaba. Me decía que iba a quedarme presa para siempre de aquella callecita y aquella habitación, como la Bella Durmiente del Bosque. Pero esa noche me acompañaba alguien y a nuestro alrededor sólo quedaba un decorado inofensivo de cartón piedra. Íbamos andando por la acera de la derecha. La cogí del brazo. Ella no parecía extrañarse lo más mínimo de estar allí. Caminábamos junto al edificio alto del principio de la calle, pasábamos por delante del *cabaret* cuyo pasillo de entrada estaba en semipenumbra. Levantó la cabeza hacia el letrero de letras negras: Le Néant[6].

—¿Ha entrado a ver qué tal?

Le contesté que no.

—No debe de ser muy alegre.

A aquellas horas, al pasar por Le Néant, tenía miedo de ser arrastrada al pasillo o, más bien, de ser aspirada, como si las leyes de la gravedad ya no rigieran allí dentro. Por superstición, solía andar por la otra acera. La semana anterior había soñado que entraba en Le Néant. Estaba sentada en la oscuridad. Se encendía un proyector, y su fría y blanca luz iluminaba un pequeño escenario y la sala donde me encontraba sentada a una mesa redonda. Otras mesas estaban ocupadas por siluetas de hombres y mujeres inmóviles, y de los que yo sabía que ya no estaban vivos. Me desperté sobresaltada. Creo que grité.

Llegamos al número 11 de la rue Coustou.

—Verá… No es muy confortable. Y me temo que he dejado la habitación sin recoger…

—No tiene ninguna importancia.

Me protegía alguien. Ya no me daba vergüenza ni me asustaba nada. Anduve delante por la escalera y el pasillo, pero ella no me hacía ninguna observación. Me seguía con aire indiferente, como si conociera el camino.

Abrí la puerta y encendí la lámpara. Por suerte la cama estaba hecha y la ropa colocada en el armario. Sólo tenía colgado el abrigo en la manilla de la ventana.

Se dirigió hacia la ventana. Me dijo, sin abandonar su tono pausado:

—¿No hay demasiado ruido fuera?

—No, en absoluto.

Abajo, la esquina de la rue Puget, una calle muy corta por la que solía meterme para atajar hasta la

place Blanche. Allí había un bar, el Canter, con su fachada de *boiseries* amarillas. Una noche, muy tarde, entré a comprar tabaco. Dos tipos morenos se tomaban algo en la barra con una mujer. En una mesa del fondo otros estaban jugando a las cartas en imponente silencio. Me dijeron que había que consumir si quería mi paquete de tabaco, y uno de los tipos morenos pidió un whisky sin hielo para mí que me bebí de un trago para acabar cuanto antes. Me preguntó si «vivía en casa de mis padres». La verdad es que en ese sitio había un ambiente muy raro.

Pegó la frente al cristal. Le dije que no era una vista muy bonita. Notó la ausencia de cortinas y contraventanas. ¿No me molestaba para dormir? La tranquilicé. No necesitaba cortinas. Lo único que habría resultado de gran utilidad era un sillón o, incluso, una silla. Pero hasta ese momento no había recibido nunca una visita.

Se sentó a la orilla de la cama. Quería saber si me sentía mejor. Sí, la verdad, mucho mejor que cuando vi brillar de lejos el letrero de la farmacia. De no ser por aquella referencia, no sé qué habría sido de mí.

Me hubiera gustado proponerle cenar conmigo en el café de la place Blanche. Pero no tenía suficiente dinero para invitarla. Iba a marcharse y volvería a quedarme sola en aquella habitación. Me parecía más angustioso si cabe que hacía un rato, cuando me esperaba que iba a dejarme bajar del taxi.

—¿Y su trabajo? ¿Le va bien?

A lo mejor sólo era una ilusión, pero se preocupaba de verdad por mí.

—Trabajo con un amigo —le dije—. Traducimos programas de radio de emisoras extranjeras.

¿Cómo habría reaccionado Moreau-Badmaev al oír aquella mentira? Pero no tenía ganas de hablar de la agencia Taylor, de Véra Valadier, ni de su marido, ni de la cría. Aquella noche era un tema que me aterraba.

—¿Sabe muchos idiomas?

Y yo leía cierto respeto en su mirada. Me hubiera gustado que no fuera mentira.

—Mi amigo, sobre todo, es el que se los sabe bien… Yo todavía soy estudiante, en la escuela universitaria de lenguas orientales…

Estudiante. Siempre me había impresionado esa palabra, y esa aptitud me parecía inaccesible. Creo que la Boche no tenía siquiera el graduado escolar. Cometía faltas de ortografía, pero no se notaba demasiado gracias a su letra tan grande. Y yo dejé la escuela a los catorce años.

—Entonces, ¿es usted estudiante?

Parecía más tranquila en cuanto a mí. Yo quería tranquilizarla más si cabe. Añadí:

—Fue mi tío el que me aconsejó matricularme en la escuela universitaria de lenguas orientales. Él es profesor allí.

Y me imaginaba un piso en el barrio de las escuelas, que conocía mal y situaba por donde el Panteón. Y mi tío en su despacho, inclinado sobre un libro antiguo, a la luz de la lámpara.

—¿Profesor de qué?

Me sonreía. ¿Se estaba tragando aquella mentira?

—Profesor de filosofía.

Pensé en aquel señor al que veía los jueves, en la época del piso, mi tío —es el tratamiento que le daban—, el denominado Jean Bori. Nos entreteníamos oyendo el eco de nuestras voces en el gran garaje vacío. Era joven y hablaba con acento parisino. Me llevó a ver *El cruce de los arqueros*. También me llevó, muy cerquita del garaje, a la Feria de la place du Trae. Siempre llevaba un alfiler de corbata y, en la muñeca derecha, una esclava que, según me dijo, era regalo de mi madre. La llamaba «Suzanne». No hubiera entendido que yo dijera que era profesor de filosofía. ¿Por qué mentir? Sobre todo a esta mujer que parecía tan bien dispuesta para conmigo.

—Ahora voy a dejarla dormir…

—¿No puede quedarse esta noche conmigo?

Era como si hubiera hablado otra persona por mi boca. Estaba asombrada de mi atrevimiento. Y me daba vergüenza. Ella ni pestañeó.

—¿Le da miedo quedarse sola?

Estaba sentada a la orilla de la cama, junto a mí. Me miraba fijamente, y esa mirada, al contrario que la de mi madre en el cuadro de Tola Soungouroff, rebosaba dulzura.

—Me quedo, si eso la tranquiliza…

Y con toda naturalidad, con fatiga, se quitó los zapatos. Como si hiciera el mismo gesto cada noche, a la misma hora, en aquella habitación. Se tumbó en la cama sin soltar el abrigo de pieles. Yo seguía quieta, sentada a la orilla de la cama.

—Debería hacer como yo… Necesita dormir…

Me tumbé a su lado. No sabía qué decirle o, más bien, temía que la más mínima palabra sonara a falso, y que cambiara de opinión, se levantara y se marchara de la habitación. También ella permanecía callada. Oí una música muy próxima que parecía venir de abajo, justo delante del edificio. Alguien tocaba un instrumento de percusión. El resultado eran notas claras y desoladas, como una música de fondo.

—¿Cree que eso es de Le Néant? —me preguntó. Y se echó a reír. Todo lo que me aterraba y me agobiaba y me hacía creer que desde mi infancia jamás había podido librarme de un mal fario, todo eso me parecía que se había suprimido de repente. Un músico de fino bigotito lacado golpeaba un xilófono con sus baquetas. Y me imaginaba la escena de Le Néant iluminada por el proyector de luz blanca. Un tipo en uniforme de postillón hacía restallar su látigo y anunciaba con voz sorda: «Y ahora, señoras y señores, con ustedes… ¡Engañalamuerte!».

La luz se atenuaba. Y, de pronto, en el foco del proyector, aparecía la mujer del abrigo amarillo tal como la había visto yo en el metro. Se iba acercando despacio a la parte delantera del escenario. El tipo del bigote lacado seguía golpeando el instrumento con sus baquetas. Ella saludaba al público levantando el brazo. Pero no había público. Si acaso, en las mesas redondas, unas cuantas personas quietas y perfumadas.

—Sí —le contesté—. La música debe de ser de Le Néant.

Me preguntó si podía apagar la lámpara, que estaba de su lado en la mesilla.

El letrero luminoso del garaje proyectaba en la pared, sobre nosotros, los reflejos habituales. Me puse a toser. Se me acercó. Apoyé la cabeza en su hombro. Al suavísimo contacto con las pieles se me iban pasando poco a poco la angustia y los malos pensamientos. Joyita, Engañalamuerte, la Boche, el abrigo amarillo… Todo aquel pobre guardarropía pertenecía ahora a la vida de otra persona. Me había deshecho de él como de un traje y unos arneses demasiado pesados que me hubieran obligado a llevar durante mucho tiempo y que me cortaban la respiración. Sentí sus labios en la frente.

—No me gusta nada que tosa así —me dijo bajito—. Debe de haber cogido frío en esta habitación.

Era cierto. Estábamos a punto de entrar en el invierno y aún no habían encendido la calefacción central.

Se marchó por la mañana muy temprano. Y yo ese día tenía que ir a Neuilly a hacerme cargo de la niña. Llamé hacia las tres de la tarde al timbre de la casa de los Valadier. Me abrió Véra Valadier. Parecía extrañada de verme. Ni que la hubiera despertado y se hubiera vestido a toda prisa.

—No sabía que también viniera los jueves.

Y cuando le pregunté si estaba la pequeña me dijo que no. Ella todavía no había vuelto de la escuela. Sin embargo, era jueves y no había escuela. Pero me explicó que los jueves las internas jugaban toda la tarde en el patio y que la niña estaba con ellas. Noté que Véra Valadier nunca se refería a ella por su nombre, y su marido tampoco. Ambos decían «ella». Y cuando llamaban a su hija le decían simplemente: ¿Dónde estás? ¿Qué andas haciendo? Pero su nombre jamás les venía a la boca. Después de todos estos años, yo misma ya no sería capaz de decir cuál era. Se me ha olvidado y termino por preguntarme sí lo he sabido alguna vez.

Me dijo que pasara a la sala de la planta baja donde el señor Valadier solía telefonear, sentado en la esquina de su escritorio. ¿Por qué había dejado a su hija en la escuela con las internas un día sin clase? No pude por menos de preguntárselo.

—Pero si le encanta quedarse allí los jueves por la tarde…

En su día, también mi madre decía una frase por el estilo, y siempre en circunstancias en que estaba yo tan desesperada que me entraban ganas de respirar del frasco de éter.

—Puede ir a buscarla en un momento… Si no, ella estará tan contenta volviendo sola… ¿Me disculpa un instante?

Mostraba cierto desasosiego en la voz y las facciones del rostro. Salió muy deprisa dejándome en aquella sala donde no había el menor asiento. Tentada estuve de sentarme, como el señor Valadier, en la esquina del escritorio. Un escritorio macizo de madera clara con dos cajones a cada lado y el tablero forrado de cuero. Encima del escritorio, ni un solo folio, un simple lapicero. Nada más que un teléfono. A lo mejor el señor Valadier guardaba las carpetas en los cajones. No pude reprimir la curiosidad y fui abriendo y cerrando uno a uno los cajones. Estaban vacíos, menos uno que albergaba varias tarjetas de visita desperdigadas a nombre de «Michel Valadier», aunque la dirección indicada no era la de Neuilly.

De la escalera me llegaban los gritos de una discusión. Reconocí la voz de la señora Valadier y me chocaba oírla diciendo palabras bastante soeces, aunque a ratos su voz era lastimera. Le contestaba una voz de hombre. Pasaron por el marco de la puerta. La voz de la señora Valadier se apaciguó. Ahora hablaban bajito en el vestíbulo. Luego sonó un portazo y, desde la ventana, pude ver cómo se alejaba un joven moreno de muy escasa estatura, con chaqueta de ante y pañuelo de cuello. Ella regresó al despacho.

—Disculpe que la haya dejado sola…

Se acercó a mí, y yo le notaba en la mirada que deseaba pedirme algo.

—¿Podría ayudarme a recoger un poco?

Me hizo seguirla por la escalera y subí tras ella los escalones hasta el primer piso. Entramos en un dormitorio grande con una cama muy ancha y baja al fondo. Era, por cierto, el único mueble de la habitación. La cama estaba deshecha, una bandeja en la mesilla, con dos copas y una botella de champán abierta. El corcho estaba bien visible en medio de la moqueta gris. La manta, colgando a los pies de la cama. Las sábanas estaban arrugadas, las almohadas, repartidas por la cama, y encima, al retortero, una bata de caballero de seda azul oscuro, una combinación y unas medias. En el suelo, un cenicero repleto de colillas.

La señora Valadier fue a abrir las dos ventanas. Flotaba en el ambiente un olor algo nauseabundo,

una mezcla de perfume y tabaco rubio, un olor a gente que ha estado mucho tiempo en la misma habitación y la misma cama.

Cogió la bata azul y me dijo:

—Tengo que colocarla en el armario de mi marido.

Cuando volvió, me preguntó si quería ayudarla a hacer la cama. Prodigaba gestos rápidos y bruscos para estirar las sábanas y la manta, como si temiera que alguien la sorprendiera, y me costaba seguirle el ritmo. Ocultó la combinación y las medias debajo de una almohada. Terminamos de poner la colcha y clavó la mirada en la bandeja.

—Ah… Se me había olvidado…

Cogió la botella de champán y las dos copas y abrió un armario empotrado donde estaban guardados un montón de pares de zapatos. Nunca había visto tantos: zapatos de salón de diferentes colores, bailarinas, botas… Metió la botella y las dos copas bien al fondo del estante superior y volvió a cerrar el armario. Ni que estuviera escondiendo a toda prisa pruebas comprometedoras antes de que llegara la policía. Quedaban el cenicero y el corcho de la botella de chamán. Los recogí yo. Me los quitó de las manos y entró en el cuarto de baño, que tenía la puerta abierta. Se oyó el ruido de una cisterna.

Me miraba fijamente de un modo extraño. Quería decirme algo, pero no le dio tiempo. Por las ventanas abiertas subía el ruido de un motor diésel. Se asomó a una de las ventanas. Yo estaba justo detrás de ella. Abajo estaba saliendo de un taxi el señor Valadier. Llevaba una bolsa de viaje y una cartera de cuero negro.

Cuando fuimos a su encuentro ya estaba hablando por teléfono, sentado en su escritorio, y nos hizo un gesto con el brazo. Después colgó. La señora Valadier le preguntó si había tenido un buen viaje.

—No muy bueno precisamente, Véra.

Ella meneó la cabeza con aire pensativo.

—Pero, por lo menos, ¿estás tranquilo?

—En conjunto, sí, pero sigue habiendo algunos detalles que no cuadran.

Se volvió hacia mí y me sonrió.

—¿Ella no tiene clase hoy?

Se refería a su hija, pero me parecía que la cuestión no le interesaba lo más mínimo y que preguntaba por ser educado conmigo.

—La dejé en la escuela con las internas —contestó la señora Valadier.

El señor Valadier se quitó el abrigo azul marino y lo puso sobre la bolsa de viaje, a los pies del escritorio. Su mujer le explicó que yo quería ir a buscar a la niña a la escuela.

—Sabe, puede volver sola perfectamente…

Tenía una voz muy dulce y no dejaba de sonreírme. En definitiva, pensaba como su mujer.

—Hay un tema sobre el que nos gustaría decirle algo, respecto a nuestro hija —me dijo la señora Valadier—. A ella le gustaría tener un perro.

El señor Valadier seguía sentado en la esquina del escritorio. Balanceaba una de sus piernas con movimiento regular. Pero ¿dónde podían sentarse las visitas que recibía en aquel despacho? ¿Sacaba quizá sillas de camping? Aunque a mí más bien me daba la impresión de que por allí no iba nunca nadie.

—Ha de explicarle, por favor, que no es posible —dijo Véra Valadier.

Parecía horrorizada ante la idea de que en aquella casa pudiera colárseles un perro.

—¿Se lo va a explicar ahora?

Había en sus ojos tanta inquietud que no pude por menos de decirle:

—Sí, señora.

Me sonrió. Resultaba evidente que acababa de quitarle un buen peso de encima.

—Ya le dije que no me llamara señora, sino Véra.

Se hallaba junto a su marido, apoyada en el escritorio.

—La verdad es que sería mucho más sencillo si nos llamara a los dos Véra y Michel.

Su marido también me sonreía. Allí estaban, frente a mí, aún bastante jóvenes y, tanto una como otro, con la cara lisa.

Para mí el mal fario y los malos recuerdos se resumían únicamente en un solo rostro, el de mi madre. En cuanto a la cría, debería afrontar a aquellas dos personas, con sus sonrisas y sus caras lisas, como las que a veces nos sorprende ver en esos criminales que se han pasado mucho tiempo sin castigo.

El señor Valadier se sacaba del bolsillo de la chaqueta un purito y se lo encendía con un mechero. Le daba una calada y echaba el humo pensativo. Se volvía hacia mí.

—Cuento con usted para el rollo este del perro.

*

Enseguida vi a la cría. Estaba sentada en el banco leyendo una revista ilustrada. Alrededor de ella y dispersas por el patio de la escuela, una veintena de niñas más mayores. Las internas. Ella no les hacía el menor caso, como si se hubiera pasado el día esperando sin saber qué pintaba ella allí. Pareció sorprendida de que fuera a buscarla tan pronto.

Íbamos andando por la rue de la Ferme.

—No hay por qué volver enseguida a casa —me dijo.

Llegamos al final de la calle y nos metimos por esa parte del bosque de Boulogne donde hay plantados pinos. Resultaba raro ir andando a media tarde de noviembre entre aquellos árboles que sugerían el verano y el mar. A su edad, yo tampoco quería volver a casa. Pero ¿podía llamarse casa a aquel gigantesco piso donde había ido a parar con mi madre, sin entender por qué vivía allí ella? Cuando me llevó por primera vez, creí que era la casa de unos amigos suyos, y me extrañó que nos quedáramos allí, por la noche, las dos —«Voy a enseñarte tu cuarto», me comunicó. Y, al llegar el momento de ir a acostarme, no las tenía todas conmigo. En aquella habitación vacía tan grande y aquella cama demasiado ancha me esperaba ver entrar a alguien preguntándome qué hacía yo allí. Sí, era como si adivinara que mi madre y yo no teníamos auténtico derecho a instalarnos en aquel lugar.

—¿Vives hace mucho en la casa? —pregunté a la cría.

Ya estaba allí a principios de año. Pero no recordaba muy bien dónde vivía antes. Lo que más me chocó la primera vez que fui a casa de los Valadier fueron todas las habitaciones vacías, y me hicieron pensar en el piso en que viví con mi madre a la misma edad que la cría. Me acordaba de que en la pared de la cocina había clavado un tablero con señales luminosas y placas blancas donde ponía, en letras negras: COMEDOR, DESPACHO, ENTRADA, SALÓN… y leí también: HABITACIÓN DE LOS NIÑOS. Pero ¿qué niños eran ésos? Iban a regresar de un momento a otro y preguntarme qué hacía yo en su cuarto.

Estaba anocheciendo y a la niña le hubiera gustado retrasar la hora del regreso. Nos habíamos alejado del domicilio de sus padres, pero ¿era su domicilio de verdad? Doce años después, ¿quién sabía todavía, por ejemplo, que también mi madre había vivido muy cerquita del bosque de Boulogne, en el 129 de la avenue de Malakoff? Aquel piso no era el nuestro. Más tarde comprendí que mi madre lo ocupaba en ausencia de su propietario. Frédérique y una de sus amigas lo habían comentado una noche en Fossombronne, durante la cena, y yo estaba sentada a la mesa. Ciertas palabras se graban en la memoria de los niños y, si no las entienden en el momento, las entenderán veinte años más tarde. Es un poco como las granadas sobre las que nos advertían en Fossombronne. Al parecer quedaban una o dos enterradas en el Prado del Boche desde la guerra y, pese al tiempo transcurrido, aún podían explotar.

Una razón de más para tener miedo. Pero no podíamos por menos de acabar colándonos en aquel terreno abandonado y jugar allí al escondite. Frédérique fue al piso a intentar recuperar algo que mi madre se había olvidado al irse.

Llegamos a la orilla del pequeño lago donde la gente va en invierno a patinar. Un bonito crepúsculo. Los árboles se recortaban sobre un cielo azul y rosa.

—Parece que te apetece un perro.

La noté molesta, como si le hubiera desvelado su secreto.

—Me lo han dicho tus padres.

Frunció el ceño y se puso de morros apretando los labios. Me dijo de golpe:

—Ellos no quieren perros.

—Voy a intentar hablar con ellos. Seguro que acaban aceptando.

Me sonrió. Parecía confiar en mí. Creía que yo iba a ser capaz de convencer a Véra y Michel Valadier. Pero no me hacía ilusiones. Esos dos eran tan correosos como la Boche. Los había calado desde el principio. Ella, Véra, se veía nada más tratarla. Tenía un nombre falso. Tampoco él se llamaba, en mi opinión, Michel Valadier. Seguro que ya había utilizado varios nombres. Y, además, en su tarjeta de visita figuraba una dirección distinta de la suya. Me preguntaba si no sería aún más retorcido y peligroso que su mujer.

Ahora tocaba regresar y sentía haberle hecho una promesa falsa. Íbamos por los caminos de herradura para llegar al jardín de Acclimatation. Estaba segura de que Véra y Michel Valadier se

mantendrían inflexibles.

Fue él quien nos abrió la puerta. Pero enseguida se metió otra vez en su despacho de la planta baja, sin dirigirnos la palabra. Oí gritos, muy violentos. La señora Valadier —Véra— chillaba, pero yo no entendía lo que decía. Las voces de los dos se entremezclaban y ambos pretendían ahogar la voz del otro con la suya. A la cría se le dilataban las pupilas. Tenía miedo, pero yo intuía que estaba acostumbrada a ese miedo. Permanecía quieta, paralizada en el vestíbulo, y yo debería habérmela llevado a otra parte. Pero ¿dónde? Luego, salió del despacho la señora Valadier, con aire tranquilo, y nos preguntó:

—¿Se han dado un buen paseo?

De nuevo recordaba a esas rubias frías y misteriosas que salen sin ruido en las viejas películas americanas. A continuación salió el señor Valadier. También estaba muy tranquilo. Llevaba un elegante traje negro y grandes rasguños en una de las mejillas, seguramente marcas de uñas. ¿Las de Véra Valadier? Las tenía bastante largas. Se hallaban uno junto al otro en el marco de la puerta, y tenían sus caras lisas de asesinos que permanecerían mucho tiempo sin castigo por falta de pruebas. Daba la impresión de que estuvieran posando, no para una foto antropométrica, sino para una de esas que sacan a la entrada de una gala a medida que se van presentando los invitados.

—¿Te ha explicado la señorita lo del perro? —inquirió Véra Valadier en un tono distante que no era el de la rue de Douai, donde según me dijo había nacido. Con otro nombre.

—Son muy majos, sí, los perros… Pero muy sucios.

Y Michel Valadier añadía, en el mismo tono que su mujer:

—Tiene razón tu mamá… No sería una idea nada buena tener un perro en casa…

—Cuando seas mayor podrás tener todos los perros que quieras… Pero no aquí y ahora.

La voz de Véra Valadier había cambiado. Expresaba una especie de amargura. A lo mejor estaba pensando en ese tiempo cercano —pasan tan deprisa los años— en que su hija sería mayor y ella, Véra, vagaría eternamente con un abrigo amarillo por los pasillos del metro.

La niña no replicaba. Se conformaba con desorbitar los ojos.

—Con los perros se cogen enfermedades, entiendes… —dijo el señor Valadier—. Y, además, los perros muerden.

Ahora tenía una mirada huidiza y se expresaba de un modo curioso, como un vendedor callejero que ve a la policía llegando a lo lejos.

Me costaba quedarme callada. De buena gana hubiera defendido a la pequeña, pero no quería que se envenenara la conversación y que eso pudiera asustarla. Con todo, no pude por menos de clavarle la mirada a Michel Valadier y decirle:

—¿Se ha hecho daño, señor? —al tiempo que me pasaba un dedo por la mejilla, por la zona donde él tenía aquellos largos arañazos. Farfulló:

—No… ¿Por qué?

—Debería desinfectarse… Es como la mordedura de los perros… Se puede coger la rabia.

Esta vez noté con claridad que perdía pie. Y Véra Valadier también. Me observaban con desconfianza. A la luz demasiado franca de la araña ya no eran más que una pareja sospechosa, desorientada, recién atrapada en una redada.

—Creo que vamos con retraso —dijo ella volviéndose hacia su marido.

Y había recuperado una voz fría. Michel Valadier consultaba su reloj de pulsera y decía en el mismo tono falsamente displicente:

—Sí, tenemos que irnos…

Ella dijo a la pequeña:

—Hay una loncha de jamón para ti en el frigorífico. Creo que volveremos tarde esta noche…

La niña se acercó a mí, y ahora me cogía de la mano ella y me la apretaba fuerte, como una persona que quiere que la guíen en la oscuridad.

—Más vale que se marche —me dijo Véra Valadier—. Ella debe acostumbrarse a estar sola.

Cogía a su hija de la mano y la atraía hacia sí.

—La señorita va a marcharse ahora mismo. Cenas y te metes en la cama.

La niña me miraba de nuevo con los ojos abiertos como platos, que daban la impresión de no poder extrañarse ya de nada. Michel Valadier se adelantó y ella estaba ahora quieta, entre sus padres.

—Hasta mañana —le dije.

—Hasta mañana.

Pero no tenía pinta de creérselo mucho.

*

Afuera, me senté en un banco del camino que bordeaba el jardín de Acclimatation. No sabía a qué estaba esperando. Al cabo de un rato vi salir de la casa a los señores Valadier. Ella llevaba un abrigo de pieles y él un abrigo azul marino. Iban andando a cierta distancia uno del otro. Cuando llegaron a la altura del coche negro, ella se montó en el asiento trasero y él se puso al volante, como si fuera su chófer. El coche desapareció hacia la avenue de Madrid, y me dije que jamás sabría nada de aquellos individuos, ni sus nombres de verdad, ni sus apellidos de verdad, ni el motivo por el que una expresión inquieta le atravesaba a veces la mirada a la señora Valadier, ni por qué no había donde sentarse en el despacho del señor Valadier, en cuya tarjeta de visita figuraba una dirección distinta de la suya. ¿Y la cría? Ella, al menos, no era un misterio para mí. Intuía qué podía sentir. Yo había sido, sobre poco más o menos, el mismo tipo de niña.

Se encendió una luz en el segundo piso, en su cuarto. Estuve tentada de ir a hacerle compañía. Me pareció ver su sombra en la ventana. Pero no toqué el timbre. Me sentía tan mal en aquel tiempo que no tenía siquiera ánimo para ayudar a nadie. Y, encima, aquella historia del perro me había recordado un episodio de mi infancia.

Caminé hasta la porte Maillot y sentí un alivio al dejar atrás el bosque de Boulogne. De día, con la niña, a la orilla del lago de los Patinadores, todavía. Pero ahora que era de noche me asaltaba una sensación de vacío mucho más terrible que el vértigo que se apoderaba de mí en la acera de la rue Coustou, a la entrada de Le Néant.

A mi derecha, los primeros árboles del bosque de Boulogne. Una tarde de noviembre se perdió en el bosque un perro y aquello iba a atormentarme hasta el final de mi vida, en los momentos en que menos me lo esperaba. Las noches de insomnio y los días de soledad. Pero también los días de verano. Debería haber explicado a la niña que esa pejiguera de los perros era muy peligrosa.

Antes, al entrar en el patio y verla en el banco, pensé en otro patio, otra escuela. Yo tenía la misma edad que la niña y también en aquel patio había internas más mayores. Ellas se encargaban de nosotras. Por las mañanas nos ayudaban a vestirnos y, de noche, a cumplir con nuestro aseo personal. Nos remendaban la ropa. La mayor mía se llamaba Thérèse, como yo. Una morena de ojos azules que llevaba un tatuaje en el brazo. En mí recuerdo se parece un tanto a la farmacéutica. Las otras internas, y hasta las monjitas, le tenían miedo, pero siempre fue buena conmigo. Robaba chocolate negro de las reservas de la cocina y por la noche me daba en el dormitorio. Durante el día me llevaba a veces a un taller, cerca de la capilla, donde aprendían a planchar las mayores.

Un día vino a buscarme mi madre. Me hizo montar en un coche. Yo estaba en el asiento delantero, a su lado. Creo que me dijo que no volvería nunca más a ese internado. Había un perro en el asiento trasero. Y el coche estaba aparcado más o menos en el sitio donde poco antes me había pillado la camioneta. El internado no debía de quedar muy lejos de la estación de Lyon. Recuerdo que los domingos en que Jean Borí me esperaba a la puerta del internado íbamos a pie hasta su garaje. Y el día en que mí madre me llevó en coche con el perro pasamos por delante de la estación de Lyon. En aquella época las calles estaban desiertas en París y tuve la impresión de que éramos las únicas en coche.

Precisamente ese día fui con ella por vez primera al piso grande, cerca del bosque de Boulogne, y me enseñó MI HABITACIÓN. Antes, las escasas ocasiones en que Jean Bori me llevaba a verla, cogíamos el metro hasta Étoile y ella vivía aún en el hotel. Su habitación era más pequeña que la mía de la rue Coustou. En la caja de metal me encontré un telegrama que iba dirigido a ella, a las señas del hotel y con su nombre de verdad: Suzanne Cardéres, hôtel San Remo, 8, rue
d'Armaillé
. Yo sentía un gran alivio cada vez que descubría la dirección de esos sitios de los que guardaba un vago recuerdo, pero que se manifestaban sin descanso en mis pesadillas. Si conociera su localización exacta y pudiera volver a ver su fachada, entonces estoy segura de que se volverían inofensivos.

Un perro. Un caniche negro. Desde el principio durmió en mi habitación. Mi madre no se ocupaba nunca de él y, en cualquier caso, cuando hoy lo pienso, habría sido incapaz de ocuparse de un perro, tan incapaz como de ocuparse de una niña. Seguramente se lo había regalado alguien. Para ella era un mero objeto decorativo del que debió de cansarse muy pronto. Aún me pregunto por qué casualidad fuimos a parar los dos, aquel perro y yo, al coche. Ahora que ella vivía en un piso grande y se llamaba la condesa Sonia
O'Dauyé,

es muy probable que le hicieran falta un perro y una niña pequeña.

Yo me paseaba con el perro cerca del edificio, por la avenida. Al fondo, la porte Maillot. Ya no recuerdo cómo se llamaba el perro. Mi madre no le puso nombre. Esto pasaba al principio de vivir con ella en el piso. Todavía no me había matriculado en el colegio Saint-André y yo no era todavía Joyita. Jean Bori me recogía los jueves y me llevaba a pasar todo el día a su garaje. Y el perro se venía conmigo. Ya me había dado cuenta de que a mi madre se le olvidaría darle de comer. Yo le preparaba las comidas. Cuando Jean Bori pasaba a recogerme, cogíamos el metro con el perro, discretamente. Desde la estación de Lyon íbamos andando hasta el garaje. Yo quería quitarle la correa. No corría el menor peligro de que lo atropellaran, no había ningún coche por las calles. Pero Jean Bori me recomendó que no le quitara la correa. Después de todo, a mí casi me atropella una camioneta a la puerta de la escuela.

Mi madre me matriculó en el colegio Saint-André. Yo iba solita, a pie, cada mañana, y regresaba por la tarde, hacia las seis. Por desgracia, no podía llevarme al perro. Era muy cerca del piso, en la rue Pergolése. Me encontré la dirección exacta en un trozo de papel en la agenda de mi madre. COLEGIO SAINTANDRÉ. 58, rue Pergolèse. ¿Quién le recomendaría mandarme a ese sitio? Allí me tiraba todo el día.

Una tarde, al volver al piso, el perro ya no estaba. Pensé que mi madre habría salido con él. Me había prometido pasearlo y darle de comer. Yo, por otro lado, le había pedido lo mismo al cocinero chino que preparaba la cena y traía cada mañana a mi madre, a su habitación, la bandeja del desayuno. Ella regresó un poco más tarde y venía sin el perro. Me dijo que lo había perdido en el bosque de Boulogne. Tenía guardada la correa en el bolso y me la entregó como para demostrarme que no me estaba engañando. La voz le salía muy tranquila. No parecía triste. Como si le resultara tan normal. «Habrá que poner un anuncio mañana y tal vez nos lo devuelva alguien». Y me iba acompañando hasta mi cuarto. Pero el tono de su voz era tan tranquilo, tan indiferente, que sentí que estaba pensando en otra cosa. Yo era la única en pensar en el perro. Nadie nos lo devolvió nunca. En mi cuarto me daba miedo apagar la luz. Había perdido la costumbre de estar sola, de noche, desde que dormía conmigo aquel perro, y ahora era hasta peor que el dormitorio del internado. Me lo imaginaba en la oscuridad, perdido en medio del bosque de Boulogne. Aquel día mi madre fue a una fiesta y todavía me acuerdo del vestido que llevaba antes de irse. Un vestido azul con un velo. Durante mucho tiempo he tenido pesadillas con ese vestido y siempre lo llevaba un esqueleto.

Dejé la luz encendida toda la noche, y las noches siguientes. El miedo no se me volvió a quitar. Me decía a mí misma que después del perro me llegaría a mí el turno.

Se me pasaban por la cabeza pensamientos muy raros, tan confusos que he estado esperando una docena de años a que se concretaran para ser capaz de formularlos. Una mañana, cierto tiempo antes de toparme con esa mujer del abrigo amarillo en los pasillos del metro, me desperté con una frase en los labios, una de esas frases que parecen incomprensibles porque son los últimos retazos de un sueño olvidado: TENÍA QUE MATAR A LA BOCHE PARA VENGAR AL PERRO.

Regresé sobre las siete de la tarde a mi habitación de la rue Coustou, y, ya en ella, no me sentía con ánimo de esperar hasta el miércoles a que volviera la farmacéutica. Se había marchado un par de días fuera de París. Me dio un número de teléfono por si me venía la necesidad de hablar con ella: el 225 de Bar-sur-Aube.

En el sótano del café de la place Blanche pedí a la señora del guardarropa que me pusiera con el 225 de Bar-sur-Aube. Pero en el momento en que descolgaba el auricular le dije que no valía la pena. De repente no me atrevía a importunar otra vez a la farmacéutica. Cogí una ficha, entré en la cabina y acabé marcando el número de Moreau-Badmaev. Estaba oyendo un programa de radio, pero con todo me invitó a ir a su casa. Yo sentía un gran alivio al saber que alguien estaba dispuesto a quedar conmigo esa noche. Dudaba en coger el metro hasta la porte
d'Orléans.
Lo que me daba miedo era el cambio en Montparnasse-Bienvenue. El pasadizo era tan largo como el de Châtelet, y no había pasillo rodante. Me quedaba suficiente dinero para ir en taxi. En cuanto me monté en el primero de la fila que esperaba delante del Moulin-Rouge, me sentí tranquilizada de golpe, como la otra noche con la farmacéutica.

*

La luz verde del aparato estaba encendida, y Moreau-Badmaev, sentado con la espalda en la pared, iba escribiendo en su bloc de papel de cartas mientras un hombre hablaba con voz metálica en un idioma extranjero. Esta vez, me dijo, no necesitaba recurrir a la taquigrafía. El hombre hablaba tan despacio que le daba tiempo a escribir sus palabras según las iba diciendo. Esa noche lo hacía por gusto y para nada por razones profesionales. Era un recital de poemas. El programa llegaba de muy lejos, y la voz del hombre se veía solapada de vez en cuando por un zumbido de parásitos. Se calló y oímos una música de arpa. Badmaev me dio la hoja, que he conservado con mimo hasta hoy:

Mar egy hete csak a mamara
Gondolok mindig, meg-megallva.
Nyikorgo kosarral öleben,
Ment a padlasra, ment serénye n

En meg öszinte ember voltam,
Orditottam toporzékoltam.
Hagyja a dagadt ruhat masra
Emgem vigyen föl a padlasra

Me tradujo el poema, pero se me ha olvidado qué quería decir y en qué idioma estaba escrito. Luego bajó el volumen de la radio, pero allí seguía la luz verde.

—No tiene aspecto de encontrarse bien.

Me miraba de un modo tan atento que me sentí en confianza, como con la farmacéutica. Me daban ganas de desahogarme con él. Le conté la tarde que había pasado con la niña en el bosque de Boulogne, lo de Véra y Michel Valadier, mi regreso a la habitación de la rue Coustou. Y lo del perro perdido para

siempre hacía casi doce años. Me preguntó por el color del perro.

—Negro.

—Y después, ¿ha vuelto a hablarlo con su madre?

—No he vuelto a verla desde esa época. Yo creía que se había muerto en Marruecos.

Y estaba dispuesta a contarle mi encuentro en el metro con aquella mujer del abrigo amarillo, lo del edificio alto de Vincennes, las escaleras y la puerta de Engañalamuerte, donde no me atreví a llamar.

—Tuve una infancia rara…

Él se pasaba el día oyendo la radio y tomando notas en su bloc de papel de cartas. Así que también podía escúchame a mí.

—Cuando tenía siete años, me llamaban Joyita.

Sonrió. Claro, le resultaba cariñoso y encantador para una niña pequeña. Estaba segura de que su madre también le habría puesto a él un mote que le susurraría al oído, por la noche, antes de darle un beso. Manuchi. Pinki. Riquín.

—No es lo que se imagina —le dije—. Ése era mi nombre artístico.

Frunció el ceño. No entendía. Por la misma época, mi madre había adoptado también un nombre artístico: Sonia
O'Dauyé.
Al cabo de un tiempo renunció a su título nobiliario de mentira, pero en la puerta del piso quedó la plaquita de cobre donde se podía leer: CONDESA SONIA
O'DAUYÉ.

—¿Su nombre artístico?

Yo me preguntaba si debía contárselo todo desde el principio. La llegada de mi madre a París, la academia de ballet, el hotel de la rue Coustou, luego el de la rue
d'Armaillé,
y los primeros recuerdos míos: el internado, la camioneta y el éter, aquella época en que todavía no me llamaba Joyita. Pero le había revelado mi nombre artístico, así que más valía que me ciñera al periodo en que mi madre y yo fuimos a parar a aquel piso grande. No le bastó con perder un perro en el bosque de Boulogne. Necesitaba otro para poder exhibirlo como una joya, y seguro que por eso me puso ese nombre.

Se mantenía callado. A lo mejor había notado que ahora dudaba en hablar o que había perdido el hilo de mis aventuras. No me atrevía a mirarlo. Me fijaba en la luz verde, en medio del aparato, un verde fosforescente que me daba mucha paz.

—Tendré que enseñarle unas fotos… Ya lo entenderá…

E intentaba describirle las dos fotos que nos hicieron el mismo día, aquellas dos fotos de artistas: «Sonia
O'Dauyé
y Joyita», tomadas por exigencias de una película en la que habían contratado a mi madre, ella que hasta entonces jamás había ejercido la profesión de actriz. ¿Contratada por qué motivo? ¿Y por quién? Se le metió en la cabeza que yo hiciera de su hija en la película. El suyo no era el papel principal, pero estaba empeñada en que me quedara junto a ella. Sustituí al perro. ¿Por cuánto tiempo?

—¿Y cómo se llamaba la película?

—*El cruce de los arqueros.*

Contesté sin dudar, pero era como esas palabras aprendidas de memoria en la infancia, una oración o la letra de una canción que recitamos de cabo a rabo sin entender nunca su sentido.

—¿Se acuerda del rodaje?

Me hicieron ir por la mañana muy temprano a una especie de hangar. Me acompañó Jean Bori. Horas después, por la tarde, cuando acabé y ya podía irme, me llevó muy cerca de allí, al parque de Buttes-Chaumont. Hacía mucho calor, era verano. Yo había terminado con mi papel, ya no tenía que volver al hangar. Me habían pedido que me tumbara en una cama, luego que me incorporara y dijera: «Tengo miedo». Era así de sencillo. Otro día me pidieron que me quedara tumbada en la cama y hojeara un álbum de cromos. Luego entraba mi madre en la habitación, con un vestido azul vaporoso, el mismo que llevaba al salir del piso, por la noche, después de perder al perro. Se sentaba en la cama y me miraba con ojazos tristones. Luego me acariciaba en la mejilla y se agachaba para darme un beso, y recuerdo que tuvimos que repetir la escena varias veces. En la vida corriente nunca le salían esos gestos cariñosos.

Me escuchaba con atención. Escribió algo en el bloc de papel de cartas. Le pregunté que qué.

—El título de la película. Sería divertido para usted volver a verla, ¿no?

A lo largo de aquellos últimos doce años ni siquiera se me había pasado por la cabeza la idea de volver a ver la película. Para mí era como si jamás hubiera existido. No le había hablado de ella a nadie.

—¿Cree que sería posible volver a verla?

—Voy a preguntarle a un amigo que trabaja en la filmoteca.

Eso me asustó. Yo era como una criminal que termina olvidándose de su crimen cuando aún queda una prueba. Vive bajo otra identidad y ha cambiado tan bien de aspecto que no es capaz de reconocerla ya nadie. Si alguien me hubiera preguntado: «¿No era usted antes Joyita?», yo habría contestado que no, y no habría tenido la sensación de estar mintiendo. El día en que mi madre me acompañó a la estación de Austerlitz y me colgó al cuello la etiqueta: Thérèse Cardères, casa de la señora Chatillon, camino del Bréau, Fossombronne-la-Forêt, comprendí que más valía olvidarse de Joyita. Además, mi madre me recomendó que no hablara con nadie y que no dijera dónde había vivido en París. Yo era sencillamente una interna que volvía de vacaciones con su familia, al camino del Bréau, en Fossombronne-la-Forêt. Se puso en marcha el tren. Había mucha gente. Yo estaba de pie en el pasillo. Por suerte llevaba mi etiqueta, si no me habría perdido entre aquel gentío. Se me habría olvidado mi nombre.

—No me apetece mucho volver a ver esa película —protesté.

La otra mañana me había aterrado una expresión que oí en boca de una mujer, en una mesa próxima a la mía, en el café de la place Blanche: «El cadáver en el armario». Me daban de ganas de preguntar a Moreau-Badmaev si la cinta de una película envejece y se descompone como los cadáveres, con el tiempo. De ser así, las caras de Sonia
O'Dauyé
y de Joyita estarían corroídas por una especie de moho y no se les podría oír ya la voz.

*

Me dijo que estaba muy pálida y me invitó a cenar con él, muy cerquita de allí.

Anduvimos por la acera izquierda del boulevard Jourdan y entramos en una cafetería grande. Eligió una mesa en la terraza acristalada.

—Ve, estamos justo enfrente de la Ciudad Universitaria.

Y me señalaba, al otro lado del bulevar, un edificio que recordaba a un castillo.

—Aquí vienen los estudiantes de la Ciudad Universitaria, y como hablan todas las lenguas, a este café lo han llamado Le Babel.

Miré alrededor. Era tarde y no ya quedaba mucha gente.

—Yo suelo venir por aquí y oigo a la gente hablando cada uno en su lengua. Es un buen ejercicio para mí. Hay hasta estudiantes iraníes, pero desgraciadamente ninguno habla el persa de las praderas.

A esas horas ya no servían platos, así que pidió dos bocadillos.

—¿Y qué le apetece beber?

—Una copa de whisky sin hielo.

Era más o menos la hora a la que la noche anterior había ido al Canter, en la rue Puget, a comprar tabaco. Y me acordaba de lo mucho mejor que me sentí después de beberme el whisky que se empeñaron en que me tomara. Respiraba bien, se me había esfumado la angustia con aquel peso que me ahogaba. Era casi tan bueno como el éter de mi infancia.

—Debe de haber hecho usted una buena carrera…

Tuve miedo de que se me notara en la voz algo de envidia y amargura.

—Simplemente el *baccalauréat*[7] y la Escuela de Lenguas Orientales…

—¿Cree que yo podría matricularme en la Escuela de Lenguas Orientales?

—Claro.

Por tanto, no había mentido del todo a la farmacéutica.

—¿Ha hecho el *baccalauréat*?

Al principio quise responderle que sí, pero era demasiado tonto mentir otra vez ahora que me había confiado a él.

—Por desgracia, no.

Y debí de poner una cara tan avergonzada y triste que se encogió de hombros y me dijo:

—No es tan terrible, sabe. Hay un montón de gente estupenda que no tiene el *baccalauréat*.

Entonces traté de recordar las escuelas que había conocido: primero, el internado, a partir de los cinco años, donde las mayores se encargaban de nosotras. ¿Qué habría sido de Thérèse después de tanto tiempo? Hay al menos una cosa suya que podría reconocer, el tatuaje que llevaba en el hombro y que, según me dijo, era una estrella de mar. Y luego el colegio Saint-André, cuando volví a reunirme con mi madre en el piso grande. Pero al cabo de cierto tiempo me llamó Joyita y se empeñó en que saliera con ella en la película *El cruce de los arqueros*. Dejé de ir al colegio Saint-André. Me acordaba también de un joven que se encargó de mí muy poco tiempo. Puede que mi madre lo encontrara gracias a la agencia Taylor y a aquel tipo pelirrojo que me mandó a casa de los Valadier. Un invierno que nevaba mucho en París, ese joven me llevó a montar en un pequeño trineo a los jardines del Trocadero.

—¿No tiene hambre?

Acababa de tomarme un trago de whisky y él me estaba observando con preocupación. No había tocado mi bocadillo.

—Debería comer un poco…

Me obligué a darle un bocado, pero me costó un triunfo hacerlo pasar. Volví a echarme otro trago de whisky. Sabía amargo, pero empezaba a hacerme efecto.

—¿Suele beber de estas cosas?

—No. No suelo. Sólo esta noche, para animarme a hablar…

Le enseñaría esa foto de la película *El cruce de los arqueros* que había guardado en el fondo de la caja de metal. Evitaba mirarla. Yo estaba de pie, llevaba un camisón, los ojos abiertos como platos, una linterna en la mano, y andaba por los pasillos del castillo. Había salido de mi cuarto por culpa de la tormenta.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué la abandonó su madre para irse a Marruecos?

Qué raro resultaba oír a otro preguntándote lo que hasta ese momento te preguntabas tú sola… En la casa de Fossombronne había captado a veces retazos de conversación entre Frédérique y sus amigas. Se creían que yo no estaba escuchando o que era demasiado joven para entender. Algunas palabras se me habían quedado grabadas en la memoria, sobre todo lo que decía la morena, la que había conocido a mi madre en sus comienzos y no la apreciaba nada. Un día dijo: «Menos mal que Sonia se ha marchado de París a tiempo…». Yo debía de tener trece años y aquello me pareció misterioso, pero no me atreví a pedir explicaciones a Frédérique.

—No sé exactamente —le respondí—. Creo que se marchó con alguien.

Sí, un hombre se la había llevado para allá, o le había pedido que se reuniera con él. ¿Jean Bori? No creo. Habría propuesto que fuera yo también. Una noche en que no estaba Frédérique, volvieron a hablar de mi madre, y la morena dijo: «Sonia alternaba con tipos muy raros». Uno de aquellos «tipos» había pagado, decía ella, «para que Sonia hiciera una película». Comprendí que era *El cruce de los arqueros*.

Una tarde de verano me di un paseo por el bosque con Frédérique. Había que ir por el camino del Bréau y se llegaba al bosque. Le pregunté por qué de un día para otro mi madre había ido a parar a aquel piso grande. Había encontrado a alguien y la había instalado allí. Pero nunca se había sabido cómo se llamaba ese hombre. Seguramente era él quien se la había llevado a Marruecos. Más tarde me imaginé a un hombre sin rostro llevando de noche unas maletas. Citas en vestíbulos de hoteles, en andenes de estaciones, y siempre con una luz azul de lamparita de noche. Camiones que cargan en garajes vacíos, como el de Jean Bori, cerca de la estación de Lyon. Y un olor a hojas muertas y podredumbre, el olor del bosque de Boulogne la tarde noche en que perdió al perro.

*

Debía de ser tarde, porque el camarero vino a decirnos que el café iba a cerrar.

—¿Quiere acercarse a mi casa? —me preguntó Moreau-Badmaev.

A lo mejor me adivinó el pensamiento. De nuevo había sentido un peso que me impedía respirar ante la perspectiva de volver a encontrarme solita esa noche en la porte
d'Orléans.

Ya en su apartamento me propuso tomar algo caliente. Lo oí abriendo y cerrando un armario, hirviendo agua. Sonó el tintineo metálico de una cazuela. Si me tumbaba un instante en la cama, me

sentiría mejor. La bombilla del trípode difundía una luz cálida y tenue. Me hubiera gustado encender el aparato para ver la luz verde. Ahora estaba tendida con la cabeza en la almohada —una almohada más blanda que a la que estaba acostumbrada en la rue Coustou—, y tenía la impresión de que acabaran de quitarme un corsé metálico o un yeso que estuvieran oprimiéndome el pecho. Me hubiera gustado quedarme así todo el día, lejos de París, en el Midi, o en Roma, con los rayos del sol que pasan entre las láminas de las persianas… Entró en la habitación sosteniendo una bandeja. Me incorporé. Me sentía violenta. Me dijo: «No, no, quédese como está», y puso la bandeja en el suelo, a los pies de la cama.

Me acercó una taza. Luego me sacó la almohada de detrás y la apoyó contra la pared para que me recostara en ella.

—Debería quitarse el abrigo.

No me había dado cuenta siquiera de que seguía con el abrigo puesto. Y con los zapatos. Dejé la taza en el suelo, a mi lado. Me ayudó a quitarme el abrigo y los zapatos. Cuando me arrancó los zapatos sentí un gran alivio, como si me liberara de los grilletes que llevaban en los tobillos los forzados y los condenados a muerte. Pensé en los tobillos de mi madre, que yo tenía que masajear y que le hicieron abandonar el ballet clásico. El fracaso y la desgracia de su vida se concentraban en aquellos tobillos, y eso acababa por propagarse claramente a todo el cuerpo, como un dolor lancinante. Ahora la entendía mejor. De nuevo me tendió la taza.

—Té con jazmín. Espero que le guste.

Debía de tener muy mala cara para que me hablara tan suave, casi en voz baja. Estuve a punto de preguntarle si tenía pinta de enferma, pero desistí. Prefería no saberlo.

—Tengo la impresión de que le preocupan mucho sus recuerdos de infancia —me dijo.

Era desde la tarde en que vi a la mujer del abrigo amarillo en el metro. Antes, apenas pensaba en ellos.

Bebí un sorbo de té. Era menos amargo que el whisky.

Abrió su bloc de papel de cartas.

—Puede confiar en mí. Estoy acostumbrado a entenderlo todo, hasta las lenguas extranjeras, y la suya no me resulta para nada extraña.

Parecía conmovido de hacerme semejante declaración. Y yo también me sentía algo conmovida.

—Si entiendo bien, nunca ha llegado a saber quién le alquiló a su madre ese piso grande…

Me acordaba de que había un armario en la pared del salón, donde los peldaños forrados de felpa formaban una especie de estrado. Mi madre abría la puerta empotrada en la pared y sacaba un fajo de billetes de banco. Hasta la vi dando uno de esos fajos a Jean Bori, un jueves que vino a buscarme. A primera vista, aquel tesoro era inagotable hasta el final, hasta el día en que ella me llevó a la estación de Austerlitz. E incluso ese día, antes de que yo subiera al tren, me metió en la maleta un sobre que contenía varios de esos fajos: «Se los darás a Frédérique para que te cuide…». Más tarde me pregunté de dónde sacaba todo ese dinero. ¿Del mismo hombre que le había facilitado el piso? ¿El tipo del que nunca se supo el nombre? Ni qué cara tenía. Por más que hurgaba en la memoria, no recordaba haber visto a ningún hombre que fuera al piso con regularidad. Y no podía ser Jean Bori, puesto que ella le daba dinero. A lo mejor, a fin de cuentas, ese tipo era mi padre. Pero no quería dejarse ver, prefería seguir siendo un padre desconocido. Seguramente iba muy tarde, sobre las tres de la mañana, cuando yo estaba durmiendo. Yo solía despertarme a media noche y siempre me parecía estar oyendo voces. Mi cuarto estaba bastante cerca del de mi madre. Doce años después, me hubiera gustado muchísimo saber qué ideas la rondaban la primera noche que pasó en el piso, después de dejar su habitación de hotel de la rue
d'Armaillé.
¿Una sensación de revancha sobre la vida? No había sido capaz de convertirse en una bailarina estrella y ahora, con una nueva identidad, quería actuar en una película arrastrándome a mí con ella, como a un perrito faldero. Y esa película, de acuerdo con lo que entendí en Fossombronne oyendo sus conversaciones, se la había pagado el tipo del que nunca se supo el nombre.

—¿Me permite?

Se levantó y se agachó hacia la radio. Giró el botón y se encendió la luz verde.

—Tengo que oír un programa esta noche… Para mi trabajo… Pero ya no sé muy bien a qué hora empieza…

Giraba el botón lentamente, como si estuviera buscando una emisora muy difícil de sintonizar. Alguien hablaba en un idioma de sonoridades guturales y, entre frase y frase, se producía un largo silencio.

—Eesto es… Aquí está…

A medida que se sucedían las frases, él iba tomando notas en su bloc de papel de cartas.

—Está anunciando los programas de la noche… El que me interesa a mí no se emite todavía…

Yo estaba contenta de ver la luz verde. No sé por qué me daba tranquilidad, como la lámpara que se queda encendida en el pasillo de la habitación de los niños. Si se despiertan a media noche les entrará la luz por el hueco de la puerta…

—¿Le molesta si dejo la radio puesta? Lo hago por si acaso, para asegurarme de que no me pierdo el programa…

Ahora se oía una música que recordaba a la de la otra noche, cuando estaba en la habitación de la rue Coustou, con la farmacéutica. Una música límpida, que sugería la marcha de una sonámbula de noche a través de una plaza desierta, o el viento que sopla en un paseo marítimo en noviembre.

—¿No le molesta la música de fondo?

—No.

De haberla oído a solas me habría parecido muy ceniza, pero con él no me molestaba. Al contrario, aquella música más bien me relajaba.

—¿Y se acuerda todavía de la dirección del piso grande?

En la cubierta de la agenda de mi madre, tras la indicación «En caso de pérdida, remitir esta libreta a», había reconocido su letra gordota: «Condesa Sonia
O'Dauyé,
129, avenue de Malakoff, París».

—Me acuerdo incluso del número de teléfono —le dije.

Lo había marcado tantas veces en la cabina del café… Un cliente dijo que yo era «la cría del 129»… Era a media tarde, cuando regresaba del colegio Saint-André y no había nadie para abrirme la puerta. Ni mi madre, ni el cocinero chino, ni su mujer. El cocinero chino volvería sobre las siete, pero la condesa Sonia
O'Dauyé
estaría ausente quizá hasta el día siguiente. Yo me decía cada vez, para convencerme, que no había oído el timbre de la puerta. Sí oiría en cambio el timbre del teléfono. PASSY 13 89.

—Siempre se puede intentar marcar el número —me dijo Moreau-Badmaev, sonriendo.

Era una idea que no se me había ocurrido nunca desde hacía doce años. En Fossombronne, el día en que oí a Frédérique diciendo que había ido a la avenue Malakoff a recoger unas cosas que había dejado allí mi madre, me pregunté qué cosas serían. ¿El retrato de Tola Soungouroff? Pero ella me explicó que no había podido entrar. Tenían «precintada» la puerta del piso. Sí, unos sellos de cera roja pegados en la puerta. Y esa noche soñé que mi madre llevaba en el hombro una marca de hierro candente.

—¿Dice usted PASSY 13 89?

Y cogió el teléfono, a los pies de la mesilla de noche, y lo puso en la cama. Me tendió el auricular y marcó el número. En la época del piso, me costaba leer las letras y las cifras en el disco de la cabina del café.

El teléfono sonó un montón de veces. Los toques tenían un curioso sonido agudo y poco intenso, amortiguado.

¿Quién podría vivir ahora en aquel piso? Seguramente los auténticos propietarios. Los auténticos niños —a los que aludía la placa de la cocina— habrían recuperado la habitación que ocupé yo clandestinamente durante dos años. Y en la habitación donde dormía mi madre, ahora estarían unos padres auténticos.

—No tiene pinta de que contesten —dijo Moreau-Badmaev.

Yo seguía con el auricular pegado al oído. Por fin descolgaron, pero no contestaba nadie. Voces cercanas, voces lejanas, de hombres y mujeres. Intentaban llamarse y responderse, a ciegas. A veces oía con nitidez a dos personas hablando entre ellas, y sus voces tapaban las de las demás.

—El número ya no está asignado a nadie, así que la gente lo usa para hacer contactos y quedar. Eso se llama la Red.

A lo mejor todas aquellas voces desconocidas eran las personas que figuraban en la agenda de mi madre y cuyos números de teléfono ya no respondían. Se oía también una especie de zumbido, el soplo del viento en la enramada, durante el verano, en la avenue de Malakoff. Entonces me dije que, después de irnos nosotras, nadie más había vuelto a habitar el piso, salvo los fantasmas, y aquellas voces. No habían quitado los sellos. Las ventanas permanecían abiertas de par en par y por eso se oía el viento. Ya no funcionaba la electricidad, como la noche del bombardeo en que me entró tanto miedo que salí

pitando al salón en busca de mi madre. Había encendido unas velas.

No recibía muchas visitas. Solían ir dos mujeres: la gorda de Madeleine-Louis y Simone Bouquereau. Más tarde volví a verlas en casa de Frédérique en Fossombronne, pero ellas me evitaban y no tenían ninguna gana de hablarme de mi madre. A lo mejor se reprochaban algo.

Simone Bouquereau tenía una cabecita de momia rubia, y me impresionaba su delgadez. La morena dijo que «Simone había hecho una cura de desintoxicación». Y una noche, después de cenar, se creyó que yo me había subido a mi habitación y charló del pasado con Frédérique: «Era Simone la que abastecía a la pobre Sonia…». Apunté la frase en un trozo de papel. A partir de los catorce años, la de conversaciones que pude escuchar a escondidas, para intentar comprender… Pregunté a Frédérique qué quería decir aquello. «Tu madre tomaba morfina de vez en cuando desde el accidente». No entendí a qué accidente se refería. ¿Lo de los tobillos? Al parecer, la morfina es un buen remedio contra el dolor.

Yo seguía con el auricular en el oído. El zumbido del viento en la enramada tapaba las voces. Me imaginaba ese viento que hacía que se golpearan las puertas y las ventanas y lanzaba con su soplo hojas muertas al parqué y los peldaños forrados de felpa del salón. La felpa debía de haberse podrido y transformado en musgo, los cristales de las ventanas estaban rotos. Cientos de gatos habían invadido el piso. Y también perros negros como el que ella perdió en el bosque de Boulogne.

—¿Reconoce la voz de alguien? —me preguntó Moreau-Badmaev. Él había dejado el microteléfono en la cama y me estaba sonriendo.

—No.

Colgué el microteléfono y devolví el aparato a su sitio.

—Me da miedo regresar sola a casa —le dije.

—Por favor, puede quedarse aquí.

Agitaba la cabeza como si fuera una evidencia.

—Ahora tengo que trabajar… Espero que el ruido de la radio no la moleste…

Salió de la habitación y regresó con una vieja pantalla que ajustó en el trípode mal que bien. La luz de la bombilla era aún más tenue. Luego se sentó en la orilla de la cama, cerca de la radio. Y se puso el bloc de papel de cartas encima de las rodillas.

—¿La luz no le resulta demasiado fuerte?

Le contesté que así estaba muy bien.

Yo estaba tumbada en el otro lado de la cama, el lado de la sombra. Oía en la radio la voz de hacía un rato, tan gutural. El mismo silencio entre frase y frase. Él iba tomando notas en el bloc de papel de cartas. Yo ya no podía quitar la vista de la luz verde y terminé por quedarme dormida.

El miércoles volvió de Bar-sur-Aube la farmacéutica. La llamé por teléfono y me dijo que podíamos quedar por la noche. Me propuso que me reuniera con ella en su barrio, pero de nuevo tenía miedo de coger el metro y desplazarme sola por todo París. Entonces la invité a cenar al café de la place Blanche.

Me preguntaba en qué podía pasar el rato hasta la noche. No me sentía con ánimos de volver a Neuilly para encargarme de la cría. Lo que más aprensión me daba era bordear el bosque, cerca del jardín de Acclimatation, en esa zona donde se había perdido el perro. Yo me paseaba casi a diario con el perro por la porte Maillot. Por aquella época, allí estaba todavía el Luna Park. Una tarde me preguntó mi madre si me gustaría ir a Luna Park. Yo creía que tenía la intención de acompañarme. Pero no. Cuando hoy lo pienso, creo que sencillamente quería que la dejara sola aquella tarde. A lo mejor había quedado con el tipo del que nunca se supo el nombre y gracias al cual vivíamos en el piso. Abrió la puerta empotrada en la pared del salón, me tendió un billete grande y me dijo: «Vete a divertirte a Luna Park». Yo no entendía por qué me daba todo aquel dinero. Parecía tan preocupada que no se me ocurrió llevarle la contraria. Una vez afuera, se me pasó por la cabeza no ir a Luna Park. Pero lo mismo a la vuelta me preguntaba, me pedía que le enseñase la entrada o los tickets de los tiovivos, y es que solían darle obcecaciones y no era cosa de intentar mentirle. Y yo en aquella época no sabía mentir.

Cuando compré la entrada, al señor de la taquilla pareció chocarle que le pagara con un billete tan gordo. Me dio el cambio y me dejó pasar. Un día de invierno. Daba la impresión de que fuera de noche. En medio de aquella feria tuve la sensación de estar en un mal sueño. Lo que me impactaba, sobre todo, era el silencio. La mayoría de las barracas estaban cerradas. Los tiovivos daban vueltas en aquel silencio y no había nadie en los caballitos. Ni en los paseos. Llegué a los pies de la montaña rusa. Unos trineos se deslizaban arriba y abajo a toda velocidad, pero estaban vacíos. A la entrada de la montaña rusa me fijé en tres chavales mayores que yo. Llevaban unos zapatos viejos y agujereados, y no era el mismo zapato en cada pie. Y unos babis grises raídos y demasiado cortos. Debían de haberse colado en Luna Park, porque miraban a izquierda y derecha como si los siguieran. Pero parecía que tenían ganas de subirse a la montaña rusa. Avancé hacia ellos. Di al mayor los billetes que me quedaban. Y eché a correr con la esperanza de que me dejaran salir.

No, hoy no pensaba ir donde los Valadier, pero tenía que avisarlos. Salí de mi habitación y caminé hasta el despacho de correos de la place des Abbesses, después de comprar un sobre y un folio en el café-estanco Des Moulins. Me instalé en una de las ventanillas de correos y escribí:

> Querida Véra Valadier, no voy a poder pasarme hoy a cuidar a su hija porque estoy indispuesta. Prefiero quedarme reposando hasta el sábado y estaré en su casa como siempre a las cuatro de la tarde. Discúlpeme. Saludos al señor Michel Valadier.
>
> THÉRÈSE

Para que le llegara a tiempo la carta la envié por el continental. Luego me di un paseo por el barrio. Hacía sol y, a medida que iba andando, me sentía mejor. Respiraba bien. Llegué al borde de los jardines del Sacré-Coeur y no podía dejar de seguir con la mirada las idas y venidas del funicular. Regresé a mi habitación de la rue Coustou, me tumbé en la cama e intenté leer el libro que me había prestado Moreau-Badmaev. No era la primera vez. Me ponía, procuraba luchar contra mi distracción, volvía una y otra vez a la frase del comienzo como a un trampolín desde el que lanzarme y me quedaba con esa

primera frase en la cabeza: «Las afueras de la vida generalmente no ofrecen a sus habitantes ese confort al que están acostumbrados quienes permanecen en el centro de las grandes ciudades».

*

Había quedado con ella a las ocho de la tarde en el café de la place Blanche. Es el que se parece a una casita. Hay una sala en el primer piso, pero yo le había dicho que estaría en una de las mesas de la planta baja.

Llegué con media hora de adelanto y escogí una mesa cerca del ventanal que da a la rue Blanche. El camarero me preguntó si deseaba tomar algo y estuve tentada de pedir un whisky sin hielo. Pero era una estupidez, no lo necesitaba. No sentía ese peso que solía oprimirme. Le dije que estaba esperando, y pronunciar esas dos sencillas palabras me hizo tanto bien como cualquier alcohol.

Ella entró en el restaurante a las ocho en punto. Llevaba el mismo abrigo de pieles que la última vez, y unos zapatos planos. Me vio enseguida. Cuando echó a andar hacia la mesa le encontré andares de bailarina, pero para mí era mucho más tranquilizador que fuera farmacéutica. Me dio un beso en la frente y se sentó en el banco junto a mí.

—¿Estamos mejor que la otra noche?

Me sonreía. Había algo protector en aquella sonrisa y aquella mirada. No me había fijado de verdad en que tenía ojos verdes. Estaba demasiado desorientada aquel domingo en el sillón de la farmacia y, más tarde, en mi habitación, la luz no era tan viva como en el restaurante.

—Le he traído esto para que se reponga.

Y se sacó de uno de los bolsillos del abrigo, que había estirado en el banco, dos cajas de medicinas.

—Esto es un jarabe para la tos… Hay que tomarlo cuatro veces al día… Esto son unos comprimidos para dormir… Se toma uno por la noche, y cada vez que se sienta un poco rara…

Me puso las cajas delante, en la mesa.

—Y creo que estaría bien que le pusieran unas inyecciones de vitamina B_{12}.

Le dije simplemente gracias. Me hubiera gustado decirle algo más, pero ya no estaba acostumbrada a que me cuidaran desde que las monjitas, el día en que me atropelló la camioneta, tuvieron la amabilidad de darme a respirar un tapón de éter.

Nos quedamos un instante sin decir nada. Pese a que notaba en ella cierta autoridad, me daba la impresión de que era tan tímida como yo.

—¿No habrá sido usted bailarina?

Pareció sorprendida por mi pregunta, y luego se echó a reír:

—¿Por qué?

—Hace un momento se me ha ocurrido que tenía andares de bailarina.

Me dijo que dio clases de ballet hasta los doce años, como la mayoría de las niñas. Pero nada más. Pensé en otra foto, en el fondo de la caja de galletas. Dos niñas de doce años, vestidas de bailarina. Y detrás de la foto ponía, con letra infantil y en violeta: «Josette Dagory y Suzanne» —era el auténtico nombre de mi madre—. Jean Bori tenía la misma foto colgada en la pared de su despacho, en el garaje. Aún iba todo bien en la época de esa foto. Pero ¿en qué momento se produjo el accidente de los tobillos, o el accidente sin más? ¿Qué edad tenía ella? Ahora era demasiado tarde para saberlo. Ya no podía decírmelo nadie.

Cuando vino a nuestra mesa el camarero, ella se extrañó de que yo no pidiera nada.

—Tiene que coger fuerzas, con la carita que tiene…

Moreau-Badmaev había dicho lo mismo, pero ella tenía más autoridad que él.

—No tengo mucha hambre.

—Entonces nos lo tomamos a medias.

No me atreví a contradecirla. Me sirvió la mitad de su plato y me esforcé en tragar, cerrando los ojos y contando los bocados.

—¿Suele venir a este sitio?

Yo iba sobre todo por las mañanas, muy temprano, cuando abrían el café, el momento del día en que me sentía mejor. Qué alivio al dejar atrás el sueño de plomo y las pesadillas.

—Hacía mucho que no había vuelto por este barrio —me explicó.

Y me indicaba, detrás del ventanal, la farmacia, al otro lado de la rue Blanche.

—Trabajé ahí cuando empecé a ejercer la profesión… Era menos tranquilo que el sitio donde estoy ahora.

A lo mejor había conocido a mi madre, después de su «accidente», cuando era bailarina por aquí y todavía vivía en una habitación de hotel. Se me liaban los años en la cabeza.

—Creo que había muchas bailarinas por estos pagos en aquellos tiempos —le dije—. ¿Conoció a alguna?

Frunció el ceño.

—Oh, sabe usted, había un poco de todo en el barrio…

—¿Trabajaba de noche?

—Sí. Con frecuencia.

Seguía frunciendo el ceño.

—No me gusta mucho hablar del pasado… No está usted comiendo casi nada… Es poco sensato.

Me metí un último bocado por darle gusto.

—¿Tiene pensado quedarse todavía mucho tiempo por el barrio? ¿No podría encontrarse una habitación más cerca de la Escuela de Lenguas Orientales?

Claro, si el otro día le había dicho que estaba matriculada en la Escuela de Lenguas Orientales… Se me había olvidado que, para ella, yo era estudiante.

—Sí tengo pensado cambiarme de barrio en cuanto pueda…

Me daban ganas de confiarle que el banco donde estaba sentada yo, en la place Blanche, seguramente lo ocupaba mi madre hace veinte años. Y que en el momento de mi nacimiento ella vivía, como yo ahora, en una habitación en el número 11 de la rue Coustou, quién sabe si la mía.

—Para ir a la Escuela esto me resulta bastante práctico —le aseguré—. Cojo el metro en Blanche y es directo hasta Sèvres-Babylone.

Ella esbozaba de nuevo una sonrisa irónica, como si no se tragara esa mentira. Yo había hablado al tuntún. Ni siquiera sabía dónde se encontraba la Escuela de Lenguas Orientales.

—La veo muy inquieta —me dijo—. Me gustaría saber qué la preocupa tanto…

Había aproximado su cara a la mía. Siempre aquellos ojos verdes clavados en mí. Quería leerme el pensamiento, yo iba a caer en un dulce torpor, y a hablar sin parar, confesárselo todo. Y ella no necesitaría apuntar nada como Moreau-Badmaev.

—Todavía voy a quedarme cierto tiempo en el barrio y luego se acabó.

Cuanto más me clavaba sus ojos verdes, más claro veía yo en mi interior. Hasta tenía la impresión de despegarme de mí misma. Era muy simple, había una chica con pelo castaño, de diecinueve años escasos, sentada aquella tarde noche en un banco del café de la place Blanche. Mides un metro sesenta y llevas un jersey de lana crudo, de ochos. Todavía vas a quedarte ahí cierto tiempo y, luego, se acabó. Estás ahí porque has querido por última vez remontar el curso de los años, para intentar entender. Ahí, a la luz eléctrica, en la place Blanche, empezó todo. Por última vez has vuelto a tu Tierra Natal, al punto de partida, para saber si había un camino distinto que coger y las cosas podrían haber sido de otro modo.

—¿Qué es eso de se acabó? —me preguntó.

—Nada.

Y me metí otro bocado para darle gusto.

—Debería tomarse un postre.

—No, gracias. Pero podríamos quizá tomarnos algo.

—No creo que el alcohol sea lo más indicado para usted.

Me agradaba su sonrisa irónica y su manera precisa de hablar.

—¿Hace mucho que no ha salido de París?

Le expliqué que no había salido de París desde los dieciséis años. Salvo dos o tres veces, cuando aquel tipo que conocí, Wurlitzer, me llevaba a la orilla del mar del Norte.

—Tiene que tomar el aire de vez en cuando. ¿No le apetece venirse conmigo el sábado? Tengo que volver otros tres días a Bar-sur-Aube… Le sentaría bien… Tengo una casa fuera de la ciudad.

Bar-sur-Aube. Me imaginaba el primer rayo de sol, el rocío en la hierba, un paseo por el río… Los nombres más simples me hacían soñar.

Volvió a preguntarme si me apetecía acompañarla el sábado a Bar-sur-Aube.

—Desgraciadamente, tengo que trabajar por la tarde —le dije.

—Pero yo me marcho sobre las seis de la tarde…

—Entonces sí sería posible. Es muy amable por su parte.

Pediría permiso a Véra Valadier para irme un poco antes que de costumbre. ¿Y la cría? Seguramente no pondrían la menor objeción a que me la llevara por dos días a Bar-sur-Aube.

*

Caminamos por el paseo central del bulevar. No me atrevía a proponerle que se quedara conmigo otra vez esa noche. Siempre podría llamar a Moreau-Badmaev. Pero ¿y si resulta que no estaba en casa, sino ocupado fuera hasta mañana?

Debió de notarme la ansiedad. Me cogió por el brazo y me dijo:

—Si lo desea, puedo acompañarla a su casa.

Nos metimos por la rue Coustou. Y allí, en la acera de la derecha, al pasar ante la fachada de madera oscura de Le Néant, vi el tablón de la entrada: CINQ VERNE, SUS CHICAS Y SU TREN FANTASMA, y se me vinieron a la cabeza las palabras de Frédérique cuando hablaba de mi madre y del «accidente» que le había hecho abandonar el ballet clásico para trabajar en sitios como aquél: «Un caballo de carreras que se llevan al matadero».

—¿No será que quiere subir al tren fantasma? —me preguntó la farmacéutica. Su sonrisa me tranquilizó. Ya en la habitación, se sacó de uno de los bolsillos del abrigo las cajas de medicinas y las puso en la mesilla de noche.

—¿No se olvidará? He apuntado en las cajas las indicaciones…

Luego se inclinó hacia mí:

—Está usted muy pálida… Creo que le vendrá muy bien pasar tres días fuera de París. Hay un bosque cerca de la casa donde se pueden dar paseos estupendos.

Me pasó una mano por la frente.

—Estírese…

Me tumbé y me dijo que me quitara el abrigo.

—Tengo la impresión de que en este momento hay que vigilarla de cerca…

Entonces se quitó también ella el abrigo de pieles y me lo echó por encima.

—Sigue sin calefacción… Debería venirse a pasar el invierno a mi piso.

Permanecía sentada a la orilla de la cama y de nuevo me clavaba sus ojos verdes.

Me bajé en la estación de Porte-Maillot y avancé por el paseo que bordea el jardín de Acclimatation. Hacía frío, pero lucía el sol y el cielo era de un azul límpido como lo es a lo mejor en Marruecos. Todas las ventanas de la casa de los Valadier tenían cerrados los postigos. Al acercarme a tocar el timbre, me fijé en una carta medio metida debajo de la puerta. La recogí. Era la carta que había echado el miércoles en la oficina de correos de Abbesses. Toqué el timbre. No contestaba nadie.

Esperé un rato sentada en el escalón de la entrada. Me deslumbraba el sol. Luego me levanté y volví a llamar. Entonces me dije que no valía la pena esperar. Se habían marchado. Les habrían precintado la entrada. La verdad es que la última vez ya me había dado el presentimiento.

Tenía la carta en la mano. Y sentí que me volvía el vértigo. Hacía mucho que lo conocía, desde la época de Fossombronne cuando me entrenaba a cruzar el puente. La primera vez, corriendo; la segunda, a grandes zancadas; la tercera, me esforzaba en andar lo más despacio posible en medio del puente. Y ahora también había que intentar andar despacio, lejos del pretil, repitiendo expresiones tranquilizadoras. Bar-sur-Aube. La farmacéutica. Hay un bosque cerca de la casa donde se pueden dar paseos estupendos. Iba andando por el camino que bordea el jardín de *Acclimatation,* alejándome de la casa de los postigos cerrados. El vértigo era cada vez más fuerte. Por culpa de esa carta que habían metido para nada debajo de la puerta y que no abriría nunca nadie. Y, sin embargo, yo la había mandado desde la oficina de correos de Abbesses, una oficina como todas las demás de París, de Francia. Las cartas que iban a mi nombre y procedían de Marruecos debieron de quedarse también cerradas, como ésa. Llevaban en el sobre una dirección equivocada, o una simple falta de ortografía, y eso había bastado para que se extraviaran, una tras otra, en una oficina postal desconocida. A menos que las devolvieran a Marruecos, pero allí ya no había nadie. Se habían perdido, como el perro.

*

Al salir del metro siempre lucía el sol, el cielo azul de Marruecos. Fui al Monoprix de la rue Fontaine y me compré una botella de agua mineral y una tableta de chocolate con leche sin avellanas. Crucé la place Blanche y atroché por la rue Puget.

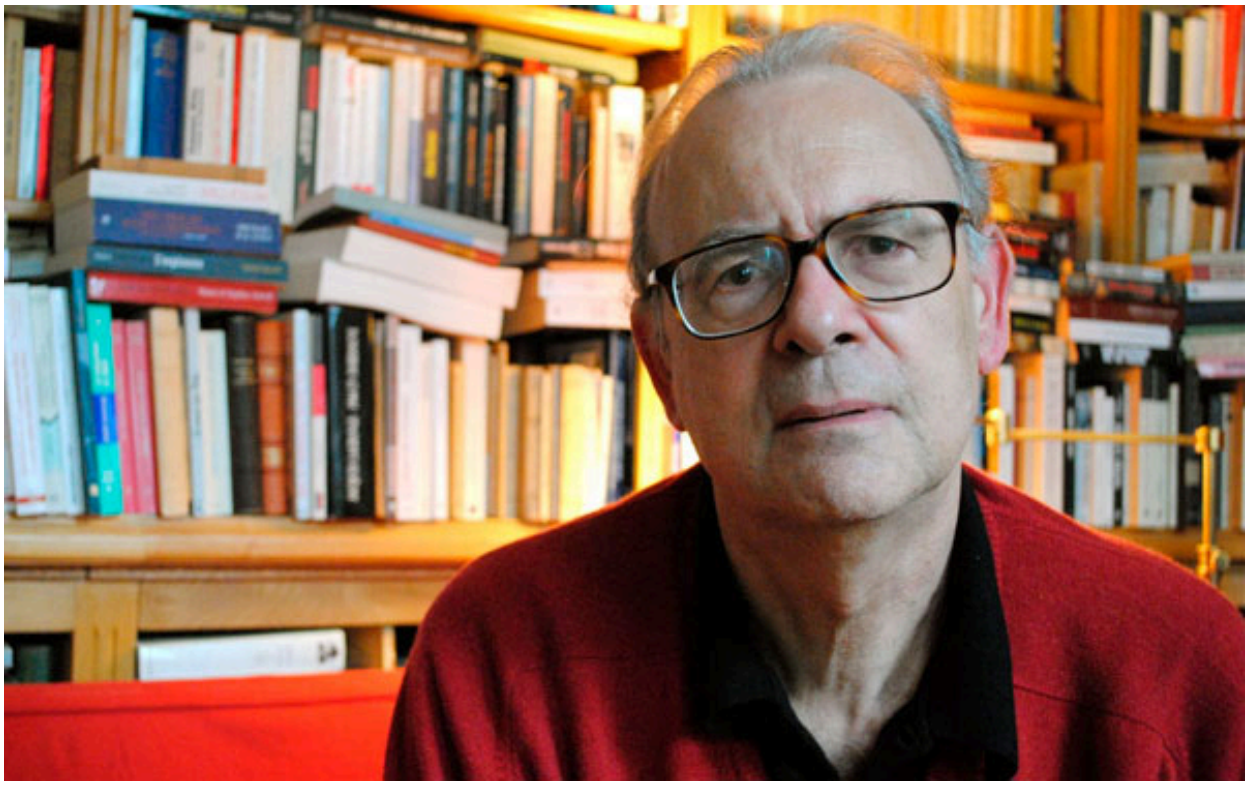
Ya en mi habitación, me senté en la orilla de la cama, frente a la ventana. Dejé en el suelo la botella de agua mineral y en la cama la tableta de chocolate. Abrí una de las cajas que me había dado la farmacéutica, y me volqué parte del contenido en la palma de la mano. Unos comprimidos blancos pequeñitos. Me los metí en la boca y me los tragué bebiendo a morro un trago de la botella. A continuación le pegué un mordisco al chocolate. Luego repetí la operación varias veces. Pasaban mejor con el chocolate.

*

Al principio no sabía dónde estaba. Unas paredes blancas y una luz eléctrica. Me encontraba tumbada en una cama que no era la de la rue Coustou. No había almohada. Tenía la cabeza directamente apoyada en la sábana. Apareció una enfermera morena para traerme un yogur. Lo dejó a cierta

distancia, detrás de mi cabeza, encima de la sábana. Seguía de pie, observándome. Le dije: «No puedo alcanzarlo». Me contestó: «Apáñese. Tiene que hacer un esfuerzo». Y se marchó. Rompí a llorar.

Estaba en una gran jaula de cristal. Miré a mí alrededor. Otras jaulas de cristal contenían acuarios. Seguramente era la farmacéutica la que me había llevado allí. Habíamos quedado a las seis de la tarde para irnos a Bar-sur-Aube. En los acuarios me parecía que se agitaban sombras, a lo mejor peces. Oía un ruido cada vez más fuerte de cascadas. Me había visto atrapada en los hielos, hacía mucho, y ahora se iban fundiendo con un ruido de agua. Me preguntaba qué serían de verdad aquellas sombras de los acuarios. Más tarde me explicaron que no tenían sitio y me habían metido en la sala de los recién nacidos prematuros. Seguí oyendo mucho tiempo el rumor de las cascadas, señal de que también para mí, a partir de aquel día, empezaba la vida.



PATRICK MODIANO (Boulogne-Billancourt el 30 de julio de 1945). Hijo de una actriz belga y de un hombre de negocios italiano, creció entre Jouy-en-Josas y la Alta Saboya. Las ausencias repetidas de sus padres le acercan a su hermano mayor, Rudy, que muere a la edad de diez años. Tras aprobar la selectividad, decide dedicarse plenamente a la escritura. Sus primeras obras giran en torno a la ocupación nazi y el colaboracionismo (*El lugar de la estrella*, galardonada con el Premio Roger Nimier y el Premio Fénéon, *La ronda de noche* y *Los bulevares periféricos*). En 1978 obtiene el Premio Goncourt por *La calle de las tiendas oscuras*, una novela en la que la Segunda Guerra Mundial, y en 1984 recibe el Premio de la Fundación Pierre de Mónaco por el conjunto de su obra. En castellano, entre otras, también se han publicado *Domingos de agosto, Viaje de novios, El rincón de los niños, Las desconocidas, Dora Bruder* y *Joyita*. Este gran autor, de una extremada sensibilidad, describe en sus ficciones la búsqueda de la propia identidad, que oscila entre el recuerdo desgarrador y la tentación de la amnesia benéfica.

El 9 de octubre de 2014 recibe el Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] Aperitivo francés a base de vino blanco y licor de «cassis» (grosella negra). *(N. del T.).* < <

[2] Cf. *Macbeth,* de Shakespeare, acto 1, escena V. *(N. del T.).* < <

[3] El «tren panorámico». Anglicismo de la época referido a las «montañas rusas». *(N. del T.).* < <

[4] Colección de novela negra de la editorial Gallimard. *(N. del T.).* < <

[5] El Mediodía, el sur de Francia. *(N. del T.).* < <

[6] La Nada. *(N. del T.).* < <

[7] Especie de reválida preuniversitaria. Constaba de dos partes. El examen, con sus cambios, sigue existiendo, y equivale a nuestra *selectividad.* En las líneas siguientes Moreau-Badmaev utiliza, en referencia a él, el término coloquial que se empleaba en la época, «bachot(s)». *(N. del T.).* < <